

Pasado, presente y futuro de las investigaciones sobre el mundo ibérico en las altiplanicies granadinas

El conocimiento que hasta hace pocos años se tenía de la cultura ibérica en Granada quedaba relegado a algunas actuaciones puntuales muy dispersas en el tiempo y en el espacio. Con el desarrollo de proyectos generales de estudio del territorio se está completando un panorama que hasta ahora resultaba desolador. A partir de los datos existentes se puede llegar a analizar el desarrollo de la cultura ibérica y la distribución territorial de los distintos núcleos de población. Si tradicionalmente sólo se le había prestado atención a las grandes necrópolis de Baza y Galera en la actualidad se ahonda más en el estudio de cada uno de los tipos de yacimientos conocidos, su origen como respuesta a unas situaciones económico-sociales determinadas, su urbanismo y, en definitiva, sus interrelaciones con el medio más inmediato.

Palabras clave: ibérico, altiplanicies granadinas, territorio

The knowledge on the Iberian culture in Granada was relegated to specific and rare actions few years ago. The development of general projects on the territory survey is completing a scenery, which was desolating until this very moment. From the existing data, it is possible to analyse the development of the Iberian culture and the territorial distribution of the different centres of population. Traditionally, only two points were the main focus of attention and research: the huge necropolis of Baza and Galera. Nevertheless, current surveys are much more focused on studying deeply each one of the known archaeological sites: their origin as an answer to a certain economical and social situation; their urbanism and, in one word, their relationships with the most immediate environment.

Key words: Iberian, high plateaux from Granada, territory

Pasado...

Desde que a principios del siglo XIX (concretamente en el año 1800) realizara don Pedro Álvarez y Gutiérrez, a la sazón canónigo dignidad de Maestrescuela de la Santa Iglesia de Baza, una excavación arqueológica en una de las necrópolis de Cerro Cepero (solar de la antigua *Basti*), los avatares sufridos por la arqueología ibérica en el ámbito granadino han sido muy variados, aunque todos tienen en común la total falta de una metodología y de unos objetivos planteados desde una visión más amplia que la simple y tradicional del historicismo. Y este hecho no ha dejado de ser cierto hasta la actualidad, ya que, a pesar de que se ha avanzado notablemente en el conocimiento general del I milenio aC en el ámbito de las altiplanicies septentrionales granadinas, dicho conocimiento sufre aún un importante sesgo por la falta de rigor

en la investigación cuyos planteamientos teóricos siguen siendo prácticamente inexistentes aun en los proyectos de investigación más modernos.

Tras esta excavación del maestro de la colegiata de Baza habría que esperar hasta bien entrado el siglo XX (a finales de la década de los años diez) para encontrar una nueva intervención, en este caso, en la necrópolis de Galera (*Tutugi*) por parte de Juan Cabré y Federico de Motos. Las trazas del historicismo clasicista, imperante en la arqueología española antes de la Segunda República, seguía más preocupado por la ubicación de las grandes ciudades iberorromanas citadas en las fuentes clásicas que en la investigación de determinados comportamientos de las sociedades indígenas ante el avance del proceso de romanización. A pesar de ello, la rigurosidad en la documentación extraída durante el proceso de excavación fue, quizás, uno de los elementos más innovadores de los trabajos

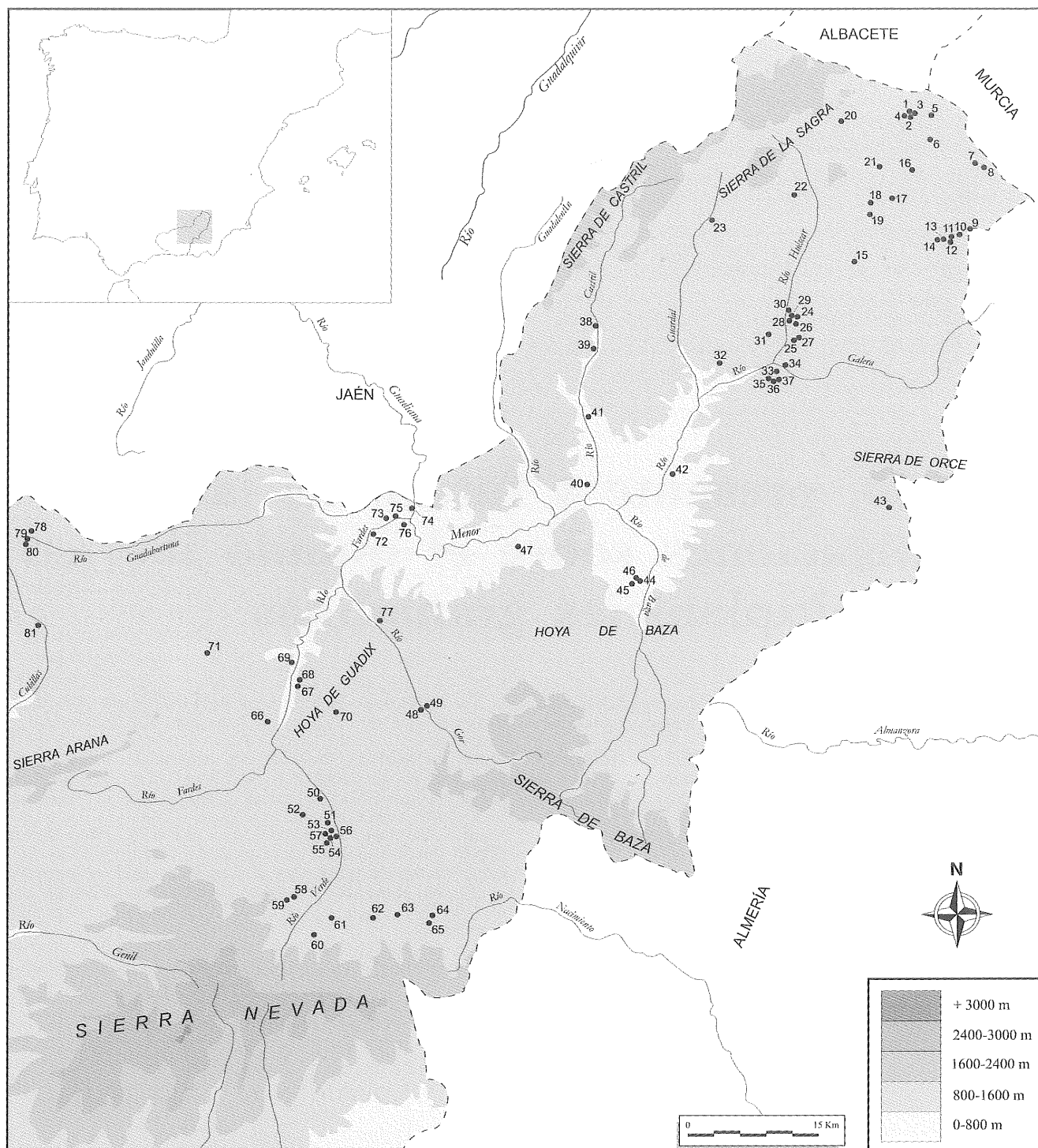


Fig. 1. Listado de yacimientos que aparecen en la figura: 1. Molata de Casa Vieja (Puebla de don Fadrique); 2. Los Asperones (id.); 3. Cortijo de Casa Vieja; 4. Cortijo del Porche; 5. Cortijo de la Merced; 6. Almaciles; 7. Pedrarias I; 8. Pedrarias II; 9. Cerro de la Cruz; 10. Bugéjar; 11. Cortijo del Duque II; 12. Cortijo del Duque III; 13. Gr-Pdf-048; 14. Cerro del Trigo II; 15. Alcantín del Curica; 16. Los Tornajos; 17. Cortijo de la Higuera de Arriba; 18. Lóbrega; 19. Lóbrega; 20. Cortijo Porcunas; 21. Cortijo del Reolid; 22. Carranza (Huésca); 23. Los Almendros (id.); 24. La Granja de Fuencaliente; 25. Cucurují; 26. Vano de los Veras; 27. Cueva del Peroles; 28. Cueva Romero; 29. Laderas de Fuencaliente; 30. Puente Jueves; 31. Cerro de Roncos; 32. Fuente Amarga (Galera); 33. Cerro del Real (la antigua *Tutugi*); 34. Necrópolis tumular de Tutugi; 35. Cerro del Castillo; 36. Alfarería 2; 37. Alfarería 3; 38. Cortijo del Escribano (Castil); 39. Cortijo de los Mallorquines (Castil); 40. Las Cucharetas (Cortes de Baza); 41. Cortijo de la Calera (Cortes de Baza); 42. necrópolis de Benamaurel; 43. Pantanilla (Las Vertientes, Cúllar); 44. Cerro Cepero (la antigua *Basti*; Baza); 45. Cerro del Santuario (Baza); 46. Cerro Largo (Baza); 47. Barranco del Moro (Zújar); 48. Las Angosturas (Gor); 49. Cortijo Colorao (Gor); 50. Núcleo urbano de Guadix (la antigua *Acci*); 51. Cuevas de Oliva (Guadix); 52. Cuevas de Prieto (Guadix); 53. Molino del Pintao (Esfiliana); 54. Los Pinos (id.); 55. Trance de la Virgen; 56. Molino del Pintao VI; 57. El Ventorrillo II; 58. Cerro Ermita de la Virgen I (Cogollos de Guadix); 59. Peñón de Arruta (Jeres del Marquesado); 60. Cerro de las Minas (Lanteira); 61. El Castillo (Alquife); 62. El Castillo (Lacalahorra); 63. El Cardal (Ferreira); 64. Cerro de "Dólar" (Dólar); 65. Cerro de la Calera (Dólar); 66. Cortijo de Torcuato (Purullena); 67. Cortijo Álamos Negros I (Fonelas); 68. Cortijo Álamos Negros III (Fonelas); 69. Peñas Blancas (Fonelas); 70. Torreón de Guájar (Fonelas); 71. Los Castellones (Laborcillas); 72. El Forrucho (Villanueva de las Torres); 73. Cortijo Cabrera (Dehesas de Guadix); 74. Los Villares (Dehesas de Guadix); 75. San Roque II (Dehesas de Guadix); 76. Canto Tortoso (Gorafe); 77. Cueva de Montalegre (Gorafe); 78. Cerro de los Allosos (Montejicar); 79. Cerro del Castillo I (Montejicar); 80. Cerro del Moro (Montejicar); 81. Cerro del Centinela (Domingo Pérez).



Foto 1. Imagen de la muela donde se encuentra el *oppidum* de Molata de Casa Vieja (Puebla de Don Fadrique).

de Cabré y Motos, documentación que aún hoy en día sigue siendo casi con exclusividad la que debe utilizarse como base para cualquier estudio que pudiera realizarse sobre este antiguo *oppidum* ibérico y su contexto funerario más inmediato.

El conocimiento del mundo ibérico en la zona queda alejado, desde ese momento, de las principales líneas de investigación que se desarrollan en el conjunto de Andalucía Oriental, a excepción del ámbito del Alto Guadalquivir. La especificidad de los trabajos de campo en relación con el mundo prehistórico (básicamente cobre y bronce) y con el mundo romano provoca una dejadez casi total sobre el I milenio aC. Las dos grandes excepciones las tenemos en las excavaciones realizadas por W. Schüle y M. Pellicer en el Cerro del Real (*Tutugi*) en los años 60 y las de F. J. Presedo en la necrópolis de *Basti*, denominada Cerro del Santuario, en el transcurso de las cuales aparecería la conocida Dama de Baza y que sería objeto de una pormenorizada publicación a principios de los ochenta (PRESEDO 1982).

A estas dos intervenciones debería sumarse la excavación de Las Angosturas de Gor, a finales de los años 70, en la que se priorizó más la documentación de las fases de ocupación prehistóricas que las propiamente ibéricas a pesar de que el nivel de conservación de las estructuras ibéricas y, en concreto, de la muralla perimetral parecía excelente. Los resultados obtenidos tanto en el poblado como en su necrópolis de Cortijo Colorao permanecen en el olvido. Estas actividades puntuales pese a demostrar la entidad de las formaciones ibéricas en el ámbito de las altiplanicies granadinas no encontraron continuidad alguna. Eco de ese vacío investigador se hizo el trabajo que en 1985 presentaron Pedro Aguayo y Vicente Salvatierra en las Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico en Jaén (AGUAYO, SALVATIERRA 1987).

Paralelamente, la zona de la Vega de Granada recibía un fuerte impulso en la investigación sobre el mundo ibérico gracias a tres proyectos de investigación que tuvieron un fuerte impacto durante los años 80. Se trataba de las excavaciones sistemáticas en tres yacimientos fundamentales para la zona: el Cerro de los Infantes en Pinos Puente, el Cerro de la Mora en Moraleda de Zafayona y el Albaicín en Granada. Todos

ellos sirvieron para certificar la importancia del mundo ibérico en el ámbito granadino si bien es cierto que dentro de la diversidad de problemas que pudieron haber tratado en su momento los tres se centraron de forma más específica en la fase formativa y el impacto que las comunidades fenicias de la zona de Vélez Málaga tuvieron sobre los indígenas de la Vega de Granada.

El triste panorama que hemos dibujado para el conocimiento del mundo ibérico en las altiplanicies granadinas parece querer cambiar estructuralmente a partir de la segunda mitad de los años 80; dos hechos provocaron este giro en la situación.

En primer lugar la fuerza con que la escuela de Jaén, de la mano de Arturo Ruiz y Manuel Molinos, había potenciado los estudios sobre el mundo ibérico, lo que sirvió a la formación de algunos investigadores que pasaron rápidamente a otras provincias colindantes, especialmente a la de Granada como consecuencia de la estrecha relación existente entre ambas ciudades por pertenecer al mismo distrito universitario. De esa manera se provocó un incremento en el interés por lo ibérico en la provincia, si bien éste seguía presentando notables carencias, entre otras la falta de un equipo dedicado con exclusividad al estudio del origen y la evolución de las sociedades protohistóricas y, por otro lado, como consecuencia de lo anterior, la falta de proyectos sistemáticos y específicos sobre el mundo ibérico, ya que la mayor parte de las intervenciones estaban centradas en períodos colaterales; es el caso de las intervenciones en el Cerro de los Infantes o en el Cerro de la Mora (ambas en el ámbito de la Vega de Granada), las cuales no pasaron de simples sondeos estratigráficos retomados como consecuencia de líneas de investigación asociadas al mundo de la prehistoria, única línea de trabajo del Departamento de Granada excepción hecha de los estudios sobre el período romano.

En segundo lugar hay que establecer el progresivo trasvase de competencias a la Comunidad Autónoma Andaluza en lo que a Cultura se refiere, proyectándose un modelo de gestión del patrimonio histórico y arqueológico que parecía crear una infraestructura sólida y coherente. Este modelo, "modélico" en su momento, presentaba una fuerte contradicción inter-



Foto 2. El *oppidum* de El Forruchu (Villanueva de las Torres) se localiza en este escarpado cerro junto al río Fardes.

na: la imposibilidad de sostener los fuertes costes presupuestarios que eran necesarios para abordar en su totalidad aquel proyecto de gestión; por otra parte, exigía de los arqueólogos un importante esfuerzo para responder a las expectativas del mismo.

No obstante, algunas líneas de investigación que, hasta ese momento habían sido consideradas “menores” desde el punto de vista de la investigación arqueológica granadina, como es el caso del mundo ibérico, empezaron a ser consideradas como alternativas interesantes a las líneas de estudio tradicionalmente sostenidas.

Llegados a este punto es preciso hacer mención al importante aporte que supuso la introducción de la Nueva Arqueología anglosajona para la arqueología española, gracias a la cual los estudios de prospección recibieron una consideración netamente distinta a la que hasta ese momento se le había prestado. Esta técnica de trabajo dejó de ser considerada como una simple preparación para una posterior excavación para convertirse en un sistema de recogida y análisis de datos independiente de la excavación propiamente dicha. No se puede considerar que a partir de ese momento la prospección superficial fuera valorada automáticamente de forma distinta, prueba de ello es la escasez de estructuras lógicas de interpretación que se desprende del congreso de Arqueología Espacial de Teruel de 1984, base de la mayor parte de trabajos realizados a partir de ese momento. Pero no cabe la menor duda de que se empezaba a vislumbrar una nueva consideración sobre el concepto de territorio.

Las consecuencias no se hicieron esperar; muchos arqueólogos esperaban que la denominada arqueología espacial diera salida a la imposibilidad económica de seguir con costosas campañas de excavación en un momento en que la Administración parecía entrar en una fase de recesión económica. No obstante, como ha podido verse después, el resultado de los nuevos planteamientos que dieron lugar a un incremento notable de las prospecciones de superficie no cubrió las expectativas ni de la arqueología ni de la propia Administración. De esta forma, pasado un primer auge de los estudios de territorio, hoy en día se observa la recuperación de la vieja tendencia a desarrollar proyectos cuya única función es la localización de asentamientos distribuyéndolos en una nube de puntos sin relación directa con un ámbito geográfico que explique las relaciones entre los mismos, aunque también es verdad que existe otro tipo de razones que explican esta vuelta atrás como resultado de un nuevo concepto de gestión patrimonial.

La defección de la Nueva Arqueología y la entrada en el panorama arqueológico de la Arqueología Postprocesualista ha supuesto un nuevo ímpetu en los trabajos de campo, pero desarrollados bajo una perspectiva bien distinta a lo que habíamos estado acostumbrados. La inclusión de ciertas reformas estructurales, metodológicas e interpretativas en el cambio de la Arqueología Espacial, retomadas ahora bajo el nuevo “viejo” (por emular a la escuela mejicana) concepto de Arqueología del Paisaje abre nuevas opciones que parecen despegarse más del concepto de yacimientos como unidad de trabajo para pasar a concebir el territorio (espacio no político o espacio político) bajo un prisma de conjunto analítico.

El yacimiento existe en un entorno que no se compone solamente de otros yacimientos más o menos contemporáneos, sino que su ubicación indica una respuesta concreta de una sociedad ante su medio. Aunque pudiera parecer que este nuevo modelo interpretativo se inspira en cierto modo en el determinismo geográfico, la incorporación del elemento tecnológico como parte integrante del proceso socioeconómico de un grupo humano permite considerar que la geografía puede jugar un papel dominante pero no determinante en la ocupación de un espacio.

Se percibe un nuevo juego de fuerzas en la arqueología que deja atrás el evolucionismo monolítico de la Nueva Arqueología plasmada en el concepto de “Paradigma” para abrir un cambio más pluralista donde cabe mejor una discusión dentro del entorno de lo que Gándara denomina “Posición teórica”; por un lado observamos un cierto desafecto por la “teoría sin datos” tantas veces sobreexplotada en los años 70 y 80 y pasamos a un mayor racionalismo donde los datos se publican incluidos en un conjunto interpretativo, para posibilitar una mayor capacidad de discusión en el entorno de las conclusiones de un estudio dado.

Estos cambios son lentos, y aún no hemos dejado atrás formulaciones positivistas disfrazadas del más rancio marxismo economicista (mal rebautizado como neomarxismo) sobre todo cuando los intentos para crear grupos de trabajo interdisciplinarios entre arqueólogos e historiadores de la antigüedad se estrellan contra la incapacidad de un programa conjunto, donde se producen más discusiones sobre los problemas del intrusismo profesional que sobre los planteamientos teóricos que debieran subyacer a las líneas de trabajo de esos grupos de investigación.

El notable fracaso de los proyectos de prospección en el conjunto de la arqueología española ha afectado de forma más patente al ámbito granadino. Ningún proyecto que hubiera funcionado entre los años 1985 y 1995 ha sido publicado en su totalidad y son muy escasas (por no decir prácticamente inexistentes) las analíticas de carácter macroespacial que se hayan publicado fuera del Anuario Arqueológico de Andalucía (AAA); por si fuera poco, el AAA no responde a las necesidades de casi nadie, pues ni llega a ser suficientemente profundo como para convertirse en una publicación de obligada consulta para todo aquel que quiera trabajar sobre cualquier aspecto de la arqueología andaluza ni cumple tampoco unos mínimos requisitos para proyectar hacia el gran público lo que hacemos los profesionales para justificar las inversiones públicas (y privadas) en las investigaciones arqueológicas; en realidad, el único papel que juega el AAA es proyectar hacia la sociedad de forma excesivamente somera en ocasiones, la existencia de distintas actividades arqueológicas; de hecho, en líneas generales tanto a nivel de presentación de datos como desde el punto de vista analítico e interpretativo, la calidad media de los informes publicados, en no pocos casos, es escasa o nula.

Visto todo lo anterior y a pesar de haber vivido los grandes cambios de las estructuras teóricas de estos últimos veinte años, el panorama sigue siendo aún hoy en día desolador. Si bien hemos avanzado en las técnicas de recogida de datos, ninguna de las actuaciones

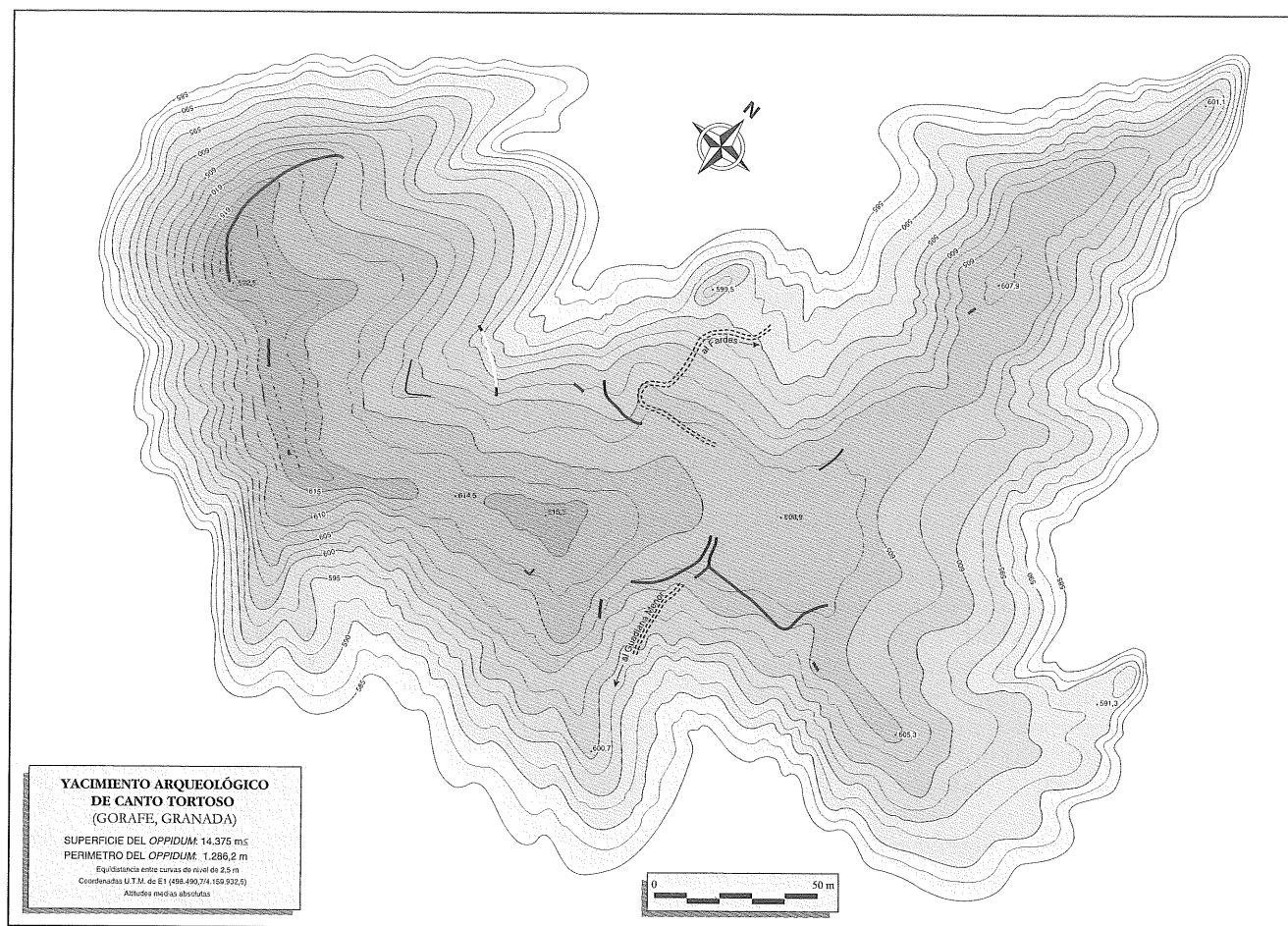


Fig. 2. Canto Tortoso (Gorafe). Plano topográfico con las estructuras visibles.

nes arqueológicas que se han llevado a cabo en este período en relación con el mundo ibérico en las altiplanicies ha sido objeto de una analítica que permita definir a los estudios extraídos con el sustantivo de verdadera investigación. Sondeos como consecuencia de excavaciones de urgencia (donde sigue sin trabajarse en áreas abiertas, sino en cuadrículas que impiden reconocer las evoluciones urbanísticas y funcionales de los niveles de circulación y/o ocupación) y mapas con una nube de puntos que indican posibles asentamientos humanos sin establecer conexiones entre ellos, impiden desarrollar un verdadero avance en el conocimiento. Hasta tal punto que las escasas excavaciones publicadas no suelen incluir las estratigrafías, impidiendo determinar la sucesión y evolución de las fases ocupacionales de un asentamiento humano. En la mayoría de los casos ni los materiales se analizan en su contexto por lo que los estudios alternativos que se podrían derivar de ellos muchas veces no pueden ir más allá que de la mera determinación del efecto presencia/ausencia en el conjunto de un yacimiento. Y todo ello siempre teniendo en cuenta la escasez de intervenciones publicadas.

De este modo, nos encontramos con publicaciones como las de las intervenciones de urgencia de Fuente Amarga (Galera) o las inscritas en un proyecto general de investigación como Cerro Cepero (Baza) en las que se sigue adoleciendo de la falta de una publicación de conjunto que permita, de una vez por todas, contrastar datos sin que el lector se vea obligado a

“creerse” las hipótesis más o menos propuestas (en el caso de que realmente se proponga alguna) (sobre Galera, RODRÍGUEZ *et al.* 1999 y RODRÍGUEZ, LÓPEZ, PEÑA 2001; sobre Baza, MARÍN 1992).

Como podemos ver durante los últimos veinte años la información proviene, exclusivamente, de dos tipos de actuaciones: las intervenciones arqueológicas de urgencia, fuertemente incrementadas en la zona fundamentalmente como consecuencia de la incorporación de Guadix como núcleo urbano con nivel de protección arqueológica y las prospecciones arqueológicas superficiales, que continúan representando la única versión de «investigación» que actualmente se desarrolla en la zona.

Las actuaciones de urgencia en el casco histórico de Guadix se vienen realizando de forma más o menos constante desde 1991; hasta la actualidad se contabilizan algo más de una docena de ellas en distintos puntos, aunque seguimos sin conocer con detenimiento los datos necesarios para un análisis de conjunto, ya que salvo la existencia de algunos informes no se ha publicado nada más. En el entorno general del resto de las altiplanicies las actuaciones relacionadas con el mundo ibérico se limitan a una en Cerro Largo (la otra necrópolis de *Basti*, en 1996), otra en La Granja de Fuencaliente, junto a Huéscar (1998), Pantanilla, en las Vertientes (1996) y en la necrópolis de Galera (2000).

Sobre las prospecciones en general ya hemos hablado con anterioridad de la falta de una argumen-



Foto 3. Vista de Canto Tortoso desde el río Fardes. El asentamiento se distribuye por toda la meseta superior.

tación hipotética previa que permita considerar este tipo de intervenciones como verdadera investigación. Las actividades desarrolladas en Baza, Guadix, Galera-Huéscar, Orce-Chirivel, Cuenca del Almanzora, Pasillo de Fiñana o Puebla de Don Fadrique, por citar los principales proyectos que han funcionado durante los últimos quince años, no han sido publicadas en su totalidad y solamente contamos con los informes existentes en los Anuarios Arqueológicos de Andalucía a lo que podría añadirse alguna publicación aislada, más centrada en los asentamientos de época romana que en el primer milenio aC (MARÍN 1992; GONZÁLEZ, ADROHER, LÓPEZ 1999). Nos encontramos, así pues, en un continuo refrito de listado de yacimientos, mejor o peor publicados, pero que apenas permiten atisbar escasas reflexiones sobre la evolución del poblamiento en territorios muy reducidos. Y el panorama no parece que vaya a cambiar de forma inmediata ya que, salvo el caso de Puebla de Don Fadrique y de la Cuenca del Almanzora, el resto de los proyectos dejaron de funcionar hace más de un lustro y, a excepción de Baza ya referida anteriormente (MARÍN 1992), no existe ninguna publicación de conjunto con los resultados obtenidos en dichos proyectos de investigación.

... presente...

Las altiplanicies granadinas se corresponden con un conjunto formado por dos depresiones intrabéticas, la de Guadix y la de Baza, ocupando entre ambas casi la tercera parte del territorio de la provincia. La denominación de altiplanicies se debe a la altura media del territorio, que se distribuye entre los 900 de la zona meridional hasta los 1.100 al norte. A lo largo de la región existen una serie de puntos de referencia importantes en lo que a visibilidad se refiere, siendo, de norte a sur, la Sagra, con 2.382 m, el Jabalcón (1.494 m) y el Mencal (1.447 m), al margen de las alturas que presentan la Sierra de Baza/Filabres por un lado y Sierra Nevada como frontera meridional por otro.

Es una zona de depósitos detríticos, con arcillas y conglomerados, que conforman estructuras tabulares características en los rebordes de las penillanuras cuando éstas están cortadas por las estrechas redes fluviales. Rodeando estas penillanuras se encuentran

los grandes macizos terciarios formados por materiales metamórficos, pizarras y micaesquistos fundamentalmente, relieves de pendientes no muy marcadas en la base pero que, conforme se alzan en altura se convierten en perfiles mucho más agrestes. Aflorando a veces en el centro de estas penillanuras existen puntualmente estructuras calizas, en ocasiones presentes como simples cerros aislados, aunque puedan alcanzar notable altura, como los citados Mencal o Jabalcón.

La sensación para quien entra por primera vez en contacto con estos territorios es de sequedad y dureza; un paisaje extremo, frío en invierno y caluroso en verano, con lluvias escasas, que zonalmente pueden llegar a situarse por debajo de los 300 mm anuales (ombroclima semiárido) lo que unido a un terreno de suelos frágiles provoca una cubierta vegetal escasa, si bien existen dos ecosistemas mejor poblados de vegetación, uno de ellos altamente antropizado que queda reducido a las huertas de regadío del fondo de los valles fluviales y el otro algo menos, centrado en las cotas superiores a 1.500 msnm donde se encuentran bosques perennifolios de pinos, a excepción de grandes extensiones de *Ruescus* en las zonas más bajas de la Sierra de Baza, básicamente compuestos de encinas, que en otras épocas debieron ser mucho más extensos ya que en los glaciares de la base de los grandes macizos es frecuente encontrar carrascales de degradación de antiguos bosques de encinas.

En general, salvo contadas excepciones, son tierras muy secas, con una red hidrográfica pobre (normalmente de régimen nivopluvial) de escasas posibilidades agrícolas; recordemos que en esta zona se concentra la mayor extensión de malas tierras de cultivo del sureste peninsular, conocidas con el nombre de *bad-lands*. Por oposición, las vegas de los ríos proporcionan un espacio ideal para la agricultura de regadío. Esta red fluvial es la que permite el desarrollo de las principales vías de comunicación de la comarca, no sólo por sus salidas naturales, sino también en lo que a los accesos dentro del mismo territorio se refiere, ya que de valle en valle puede recorrerse la totalidad del espacio que actualmente ocupan las altiplanicies. De hecho, presentan un eje fundamental hacia la cabecera del Guadalquivir: el río Guadiana Menor que nace en el corazón de la comarca de Baza-Huéscar; afluente de éste, el río Fardes supone la espina dorsal que atraviesa, de sur a norte, la depresión de Guadix, comunicando ésta con aquella misma zona. Otros dos caminos naturales que presentan las altiplanicies dan salida al mar: en primer lugar, el "Pasillo de Fiñana", desde donde se llega hasta la costa meridional de Almería; algo más al norte encontramos el valle del río Almanzora, que une la comarca de Baza con la costa del levante almeriense. Por último existen otras dos salidas que no dan directamente al mar y que se corresponden con el "Pasillo de Chirivel", que comunica la comarca de Huéscar con la de los Vélez y el "Pasillo de Caravaca", salida natural desde Puebla de Don Fadrique hacia la depresión de Lorca.

Desde un punto de vista hidrográfico debe considerarse que esta zona está volcada naturalmente hacia el Atlántico, ya que sus dos ríos principales, el Fardes y el Guadiana Menor, son afluentes del Guadalquivir.



Foto 4. Tramo norte de la muralla de Cerro Cepero, la antigua *Basti* (Baza).

Por otro lado, la indudable proximidad a las costas mediterráneas convierte a las altiplanicies en una zona de contacto constante entre el Alto Guadalquivir y el sureste peninsular. Este contacto explica muchos de los cambios y peculiaridades que caracterizan a las distintas ocupaciones prehistóricas e históricas de un territorio que fue núcleo de lo que las fuentes grecolatinas bautizaron con el nombre de *Bastetania*.

Desde el punto de vista de lo que conocemos hoy en día sobre el conjunto de las altiplanicies durante el primer milenio aC hay una fuerte contraposición entre el bronce final y los datos sobre el mundo ibérico. Indudablemente, existe una necesaria continuidad, ya que no puede comprenderse el proceso formativo del mundo ibérico dejando de lado los importantes aportes económicos, sociales y culturales del final de la prehistoria en la región.

De la fuerte tradición del bronce final en la zona se han hecho eco algunas de las más importantes investigaciones que se llevaron a cabo entre los años 50 y 80; en esa línea se trabajaba en el Cerro de la Virgen de Orce o en el Cerro del Real de Galera, cuando no los resultados de este período venían de la mano de investigaciones colaterales como en el caso de los megalitos de la zona de Fonelas.

Poco a poco se han desarrollado investigaciones específicamente centradas en el mundo ibérico que han permitido identificar desde inicios del siglo VII aC un proceso de concentración de población en determinados puntos, con la aparición de verdaderos *oppida* (fig. 1), momento en el cual podemos empezar a considerar que se inicia lo que se viene a definir en la historiografía el proceso de formación del mundo ibérico; aún no estamos en condiciones de determinar la fuerza de ese impacto que en otras zonas, como en el entorno de *Iliberri* (Granada) (ADROHER, LÓPEZ 2001), empezamos a conocer con mayor profundidad y que ha permitido definirlo como un verdadero proceso de sinecismo (o nuclearización como denominan otros; RUIZ, MOLINOS, RÍSQUEZ 2000). En todo caso desconocemos de partida los elementos que determinan la desintegración de las comunidades argáricas y la posterior evolución del Bronce Final; apenas si podemos esbozar la presencia de esta última fase en algunos de los principales *oppida* clásicos, como Cerro del Real (*Tutugi*), Cerro

Cepero (*Basti*) o el casco antiguo de Guadix (*Acci*); en otros casos la fundación del *oppidum* ibérico parece algo más tardía, como pudiera ser el caso de Molata de Casa Vieja, en Puebla de Don Fadrique, donde por el momento el material más antiguo hasta ahora documentado no parece superar el final del siglo VII aC.

La existencia de poblados temporales cuya constatación en el bronce final parece clara, se proyecta a los primeros momentos del protoibérico/ibérico Antiguo, ya que contamos con un caso de un pequeño asentamiento aislado en Iznalloz, el Cerro del Centinela, que presenta dos cabañas de planta circular datadas a finales del siglo VII aC, probablemente relacionadas con algún tipo de trashumancia; no obstante este tipo de poblados son por ahora casi totalmente desconocidos. Prácticamente contemporáneo a éste sería el yacimiento de Peñas Blancas, en Fonelas, también relacionado con una zona de acceso quizás de carácter pecuario. Otro tipo de problema lo supone un conjunto de asentamientos de reducidas dimensiones con la característica común de presentar un importante conjunto de materiales de almacenaje/transporte, básicamente ánforas; nos referimos a los yacimientos de La Granja (Huéscar), Pantanilla (Las Vertientes), Barranco del Moro (Zújar) y Canto Tortoso (Gorafe), aunque no puedan agruparse bajo un mismo proceso interpretativo, ya que no coinciden ni en su planteamiento urbano ni en su cronología, aunque todos ellos se sitúan entre los siglos VII y VI aC y coinciden en presentar un corto período de ocupación, que en algún caso puede llegar a un siglo, pero no más.

En todo caso, esta variedad de comportamientos, donde encontramos asentamientos grandes y pequeños, unos amurallados y otros no, con estructuras de planta angular o de planta circular, nos permite considerar que no existe un proceso unívoco que afecte a la totalidad de este territorio, por lo que, desde los inicios de la iberización podemos decir que ya las altiplanicies no forman un conjunto económico, social ni cultural absolutamente unitario.

Lo que sí podría definirse como un posible comportamiento homogéneo en todo este ámbito es la progresiva concentración de población desde el bron-

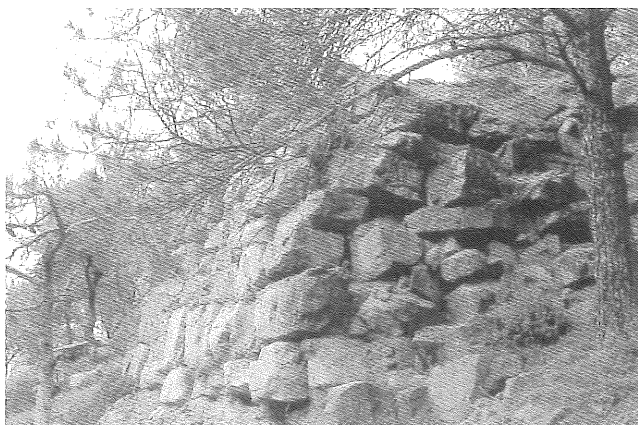


Foto 5. Torre vigía ibérica del Cerro del Castillo (Montejicar). Servía de control visual del *oppidum* del Cerro de los Allozos al valle alto del río Guadahortuna.

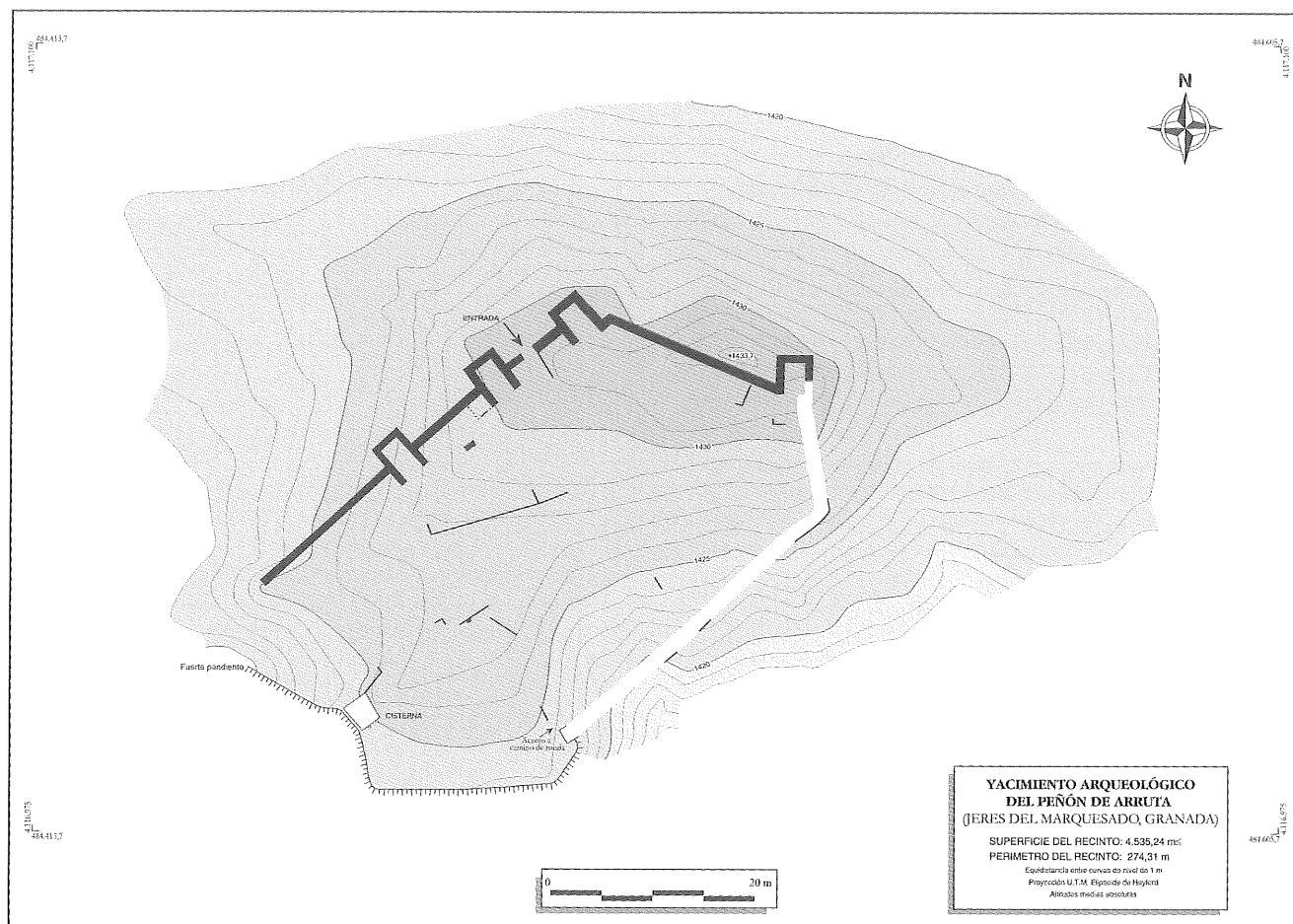


Fig. 3. Peñón de Arruta (Jeres del Marquesado). Plano topográfico.

ce final al ibérico antiguo, aunque aún no estamos en condiciones de determinar si ese proceso fue constante o tuvo progresiones y regresiones; lo que estamos viendo no es otra cosa que cierta continuidad de poblamiento fuera de los ámbitos nucleares, poblamiento que va evolucionando en función de una serie de distintos aspectos a analizar separadamente:

1. El proceso de sinecismo consecuencia, presumiblemente, de una creciente disgregación social en la que entrarían en crisis las estructuras parentales anteriores como parece demostrar la importante evolución tecnológica que se produce contemporáneamente en la zona (adquisición del torno o de la metalurgia del hierro, lo que llevaría implícito la formación de un artesanado a tiempo completo; no vale la pena entretenerse en discutir terminologías como la de mesocracia con la que algunos autores pretenden definir una teórica clase artesanal con cierto poder económico-social, definición que resulta del todo inoperante dentro de cualquier análisis riguroso de este proceso); estas transformaciones están siendo analizadas de forma más atenta en otros puntos próximos como la Vega de Granada, donde parece iniciarse entre finales del siglo VIII y principios del siglo VII pero que continúa de forma constante hasta bien entrado el siglo VI (ADROHER, LÓPEZ 2001).

2. Estructuración de una red comercial que conecta las costas del sureste con la zona del Alto Guadalquivir, convirtiendo al Guadiana Menor en la

principal vía de comunicación entre ambos espacios geográficos; ese papel es el que jugarían los yacimientos del siglo VI, como Barranco del Moro o Canto Tortoso; el problema, llegado este momento, es responder a dos preguntas fundamentales; primero: ¿desde dónde se controla este rosario de asentamientos fortificados?, ¿está bajo control indígena o se potencia desde una superestructura económica y política de las denominadas "ligas púnicas hispánicas" asentadas en las costas del sureste y que intercambian vino y productos del pescado por los cereales excedentarios del Alto Guadalquivir?; segundo: ¿qué motiva la desaparición de estos poblados a finales del siglo VI aC? Si es un proceso interno de la sociedad indígena las consecuencias son notablemente distintas que si se tratara de un fenómeno global, de ámbito mediterráneo, dentro del cual se suele entroncar la conocida como "crisis del siglo VI".

Resulta absolutamente necesario determinar el cómo y cuándo de la desaparición de asentamientos aislados de los grandes *oppida*, como Pantanilla y La Granja (el caso del Cerro del Centinela no queda claro que se relacione con la misma problemática, al igual que Peñas Blancas). Por otra parte, sería necesario que en el caso de que existiera, se identificara una red de accesos perfectamente estable para los siglos VII y VI aC, es decir, de asentamientos de semejantes características al grupo Pantanilla-La Granja. A pesar de que los hábitats más conocidos se fundan hacia la mitad del siglo VI aC (Barranco del Moro y Canto

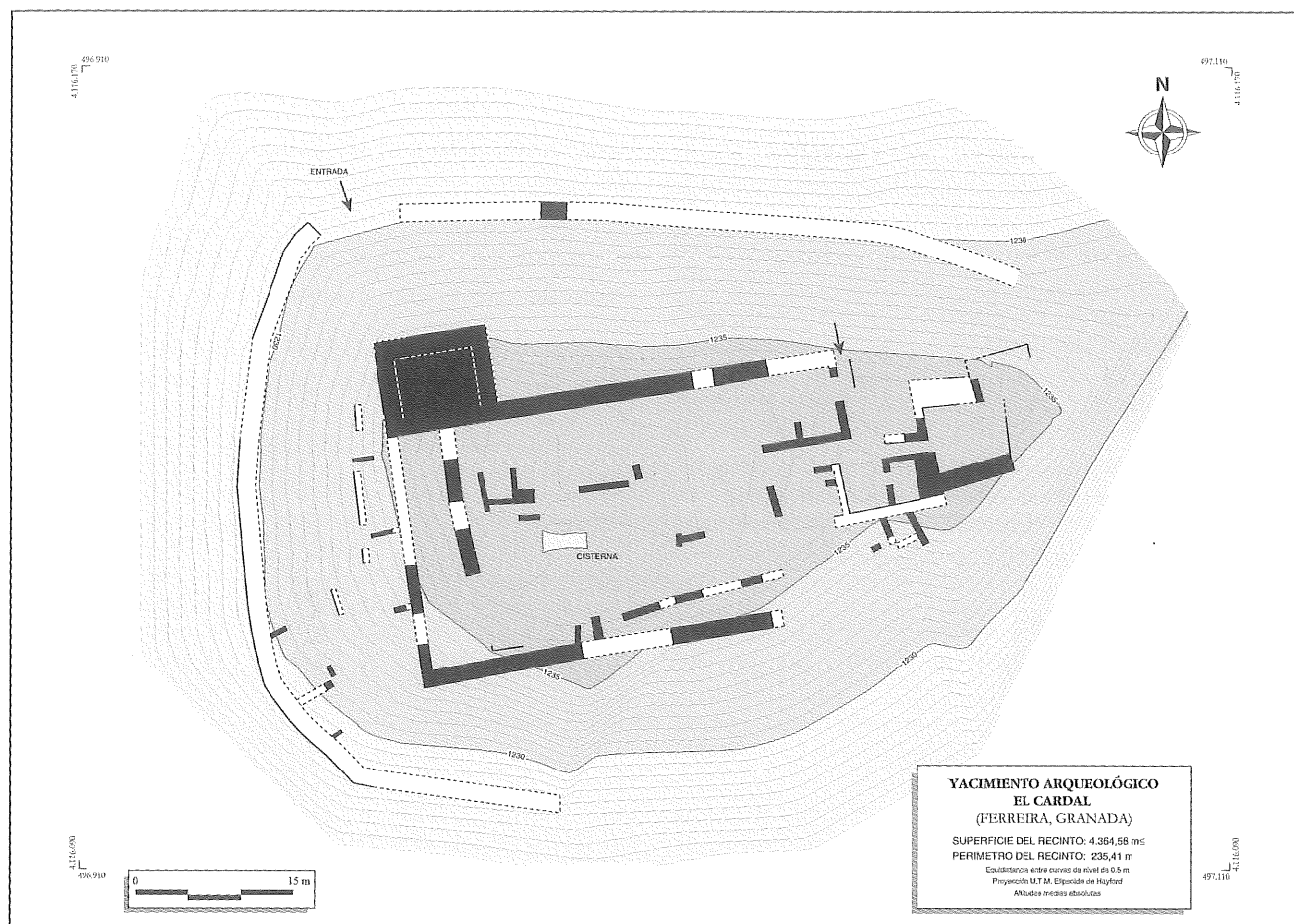


Fig. 4. El Cardal (Ferreira). Plano topográfico.

Tortoso), lo que permitiría considerar que este proceso de control es externo a las sociedades indígenas, la presencia de otros asentamientos camino de la costa mucho más antiguos, como los de Pantanilla y La Granja parecen indicar que desde la mitad del siglo VII se está produciendo la estabilización de una red viaria que apenas cambiará hasta finales del siglo VI; de esta forma, yacimientos tipo Canto Tortoso, en el caso de que estén controlados por las comunidades púnicas de las costas del sureste están indicando que éstas no hacen más que aprovechar una infraestructura previamente formada durante el proceso de iberización bajo el control de las comunidades indígenas.

En consecuencia, si aceptamos todo lo anterior, deberíamos considerar que el mismo sinecismo estaría ligado al desarrollo de una estructura comercial por encima de un simple intercambio, que debió estar ya latente en las comunidades del bronce final, y que se vería precipitado como consecuencia de la presencia fenopúnica en las costas del sureste, comunidades exógenas que apreciaron en el embrión de este proceso de la sociedad indígena un buen caldo de cultivo para mantener cierto tipo de relaciones comerciales estables.

Desde el punto de vista de la estructura del territorio, este momento de continua concentración de población culmina con la fundación de la totalidad de los asentamientos principales de las comunidades ibéricas en las altiplanicies granadinas: todos los

oppida nucleares que existen en la zona presentan niveles de ocupación correspondientes al siglo VI aC; Molata de Casa Vieja (foto 1), Cerro del Real, Cerro Cepero (foto 4), Cerro de los Allosos, Forruchu y Guadix están conformados ya como núcleos primarios de atracción de población desde donde se desarrollarán los principales sistemas de control y explotación de los territorios del altiplano, si bien el inicio de este proceso estará en cierta medida mediatizado por la presencia o no de niveles de ocupación anteriores.

No hay duda que durante la segunda mitad del siglo VI debió producirse un crecimiento importante de las zonas ocupadas directamente por los poblados, como consecuencia de aquel proceso de concentración humano al que hemos hecho mención con anterioridad: algunas de las escasas murallas de la provincia de Granada perfectamente datadas corresponden a este momento, no habiéndose podido hasta el presente datar ni reformas de las mismas ni construcción de otras nuevas. Esto puede deberse o a un problema real o simplemente a un vacío en la investigación.

Que los poblados nucleares crecieron durante el siglo VI puede rastrearse también a través del análisis de la evolución de las estructuras domésticas. Contamos en Guadix con varios ejemplos de unidades domésticas que podrían fecharse entre finales del siglo VII e inicios del V aC: presentan una estructura interna más o menos compleja (con más de una habitación en todo caso), con pavimentos de tierra batida, zócalos de piedra y elevación en adobe; en los espacios



Foto 6. Restos del paramento norte de la gran torre que protege el acceso al recinto fortificado de El Cardal (Ferreira).

urbanos al exterior de las unidades de habitación se ha observado la existencia de hornos de pan de grandes dimensiones no asociados espacialmente a una casa concreta, lo que permite considerar que se trataría de una actividad artesanal de carácter comunitario; un horno de semejantes características fue excavado igualmente en Fuente Amarga (Galera) aunque, presumiblemente, parece algo más tardío; en todo caso, la continuidad en el tiempo de este tipo de actividades artesanales de carácter comunitario es un dato que debe ser analizado con más atención para comprender la estructura de las relaciones sociales entre las comunidades indígenas de las altiplanicies.

Paralelamente a este proceso de nuclearización y concentración en grandes *oppida*, tenemos una serie de pequeños asentamientos que como ya apuntábamos tienen una duración muy corta. El primero en ser localizado fue el de Canto Tortoso, donde llamaba la atención la importante cantidad de ánforas que se documentaba en superficie, en porcentajes muy superiores al resto del material cerámico, incluso teniendo en cuenta las características de la muestra de un material procedente de prospección superficial; a partir de la publicación de este asentamiento (GONZÁLEZ, ADROHER, LÓPEZ 1995) y siguiendo distintas publicaciones se han ido localizando otros de semejantes características. En este grupo podemos, hoy en día, incorporar los del Barranco del Moro (Zújar) y, quizás, Piedras Blancas (Fonelas), al margen de otros dos algo más antiguos, como el de Pantanilla (Las Vertientes) y el de La Granja de Fuencaliente (Huéscar). Los dos subgrupos que podemos diferenciar se refieren a uno algo más antiguo (posiblemente segunda mitad del siglo VII o principios del siglo VI aC), compuesto por estos dos últimos, que se ubican en terrenos en llanura y, aunque parecen presentar estructuras de grandes dimensiones (posibles almacenes tal vez) no hay indicios que permitan considerar que presentasen murallas; no obstante, los pertenecientes al grupo segundo, más moderno (hacia la segunda mitad del siglo VI o quizás principios del V aC) se ubican en alturas y están rodeados de un lienzo de muralla, que, además, en el caso de Canto Tortoso presenta una estructura urbanística relativamente compleja (fig. 2). Localizado en la confluencia de los

ríos Fardes y Guadiana Menor, presenta dos accesos, uno por cada uno de los dos ríos, siendo el oriental el de mayor entidad y complejidad con una puerta en embudo y prolongación del lienzo septentrional de la muralla tanto hacia el exterior como hacia el interior del poblado. Un aspecto que podría tener cierta importancia desde el punto de vista de la reconstrucción del paisaje está relacionado con la estructura perimetral de la muralla, donde se observa que en un tramo de apenas diez metros situado en una de las cárcavas que afectan actualmente a la parte superior del asentamiento ésta se dobla, creando un segundo tramo más bajo topográficamente, presumiblemente con la función de retener ya en el siglo VI aC el efecto del acaravamiento que afectaba al territorio de las altiplanicies. En cuanto al material documentado en superficie y, sobre todo en relación con la ingente cantidad de ánforas recuperadas, se ha podido determinar que procederían de distintos centros productores (a juzgar por la considerable variedad de pastas y perfiles de los bordes), por lo que podríamos encontrarnos con un asentamiento de marcado carácter comercial o, al menos, profundamente relacionado con el intercambio de productos (fig. 2).

En torno a este grupo de asentamientos se plantean un gran número de cuestiones, sobre todo en relación con su funcionalidad y con un territorio político. La existencia del subgrupo Pantanilla-La Granja, algo anterior, y cuyos parámetros territoriales y estructurales difieren notablemente respecto a los más modernos, pero cuyo material asociado permite considerar que debieron presentar una funcionalidad semejante (por la existencia de un elevado número de ánforas) nos obliga a considerar que el motivo que propició la fundación de los mismos debió mantenerse, sin duda, para justificar la fundación del segundo grupo, es decir, Tortoso-Moro.

Consideramos que nos encontramos ante un tipo de asentamiento especializado en la comercialización de productos que, procedentes desde distintos puntos de las costas del sureste peninsular y Andalucía Oriental, toman la dirección hacia el Alto Guadalquivir; estas ánforas, posiblemente contenedoras de vino y productos de pescado (véanse los resultados de los análisis de ictiofauna de la excavación del Callejón del Gallo; ADROHER, LÓPEZ 2001; o las de Acinipo, en

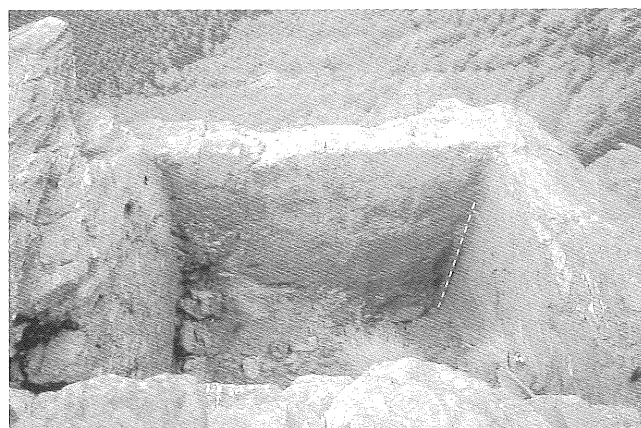


Foto 7. Peñón de Arruta (Jeres del Marquesado). Cisterna recortada en la roca.

AGUAYO 2001) servirían de contravalor a la adquisición de productos de carácter agrícola, de los que parece ser excedentaria el área interior de Andalucía en esa época (RUIZ, MOLINOS 1993).

Sin embargo, el motivo que provoca que hacia la mitad del siglo VI estos asentamientos se sitúen en lugares fortificados y fácilmente defendibles es más difícil de explicar. Es probable que exista cierta relación con la conocida como crisis de finales del siglo VI aC. Esta crisis, de la que es testimonio la desaparición de algunos asentamientos y, sobre todo de conocidas necrópolis, así como de la destrucción de conjuntos escultóricos como el de Porcuna, parece relacionarse con un proceso de desequilibrio social en el que se vieron inmersas las comunidades indígenas de gran parte del ámbito territorial del mundo ibérico; este proceso pudo tener relación con dos aspectos que parecen cambiar profundamente entre el siglo VIII y finales del VII aC: tecnología e intercambio. Se constata en esos momentos una fuerte evolución tecnológica de las comunidades indígenas que provocó la aparición de artesanados especializados a tiempo completo, al menos en el campo de la metalurgia y de la alfarería, el primero demostrado por la transformación del hierro y el segundo por la fabricación de ánforas (desconocidas morfológica y morfométricamente por las sociedades del bronce final); estas dos especializaciones vinieron de la mano, en cuanto a la primera, de nuevos sistemas productivos, como puede verse en la utilización sistemática del metal en las labores agrícolas (frente al casi total abandono de la piedra, tanto pulida como tallada) y la segunda, además de como consecuencia de lo anterior, por el incremento de actividades de intercambio cada vez más desarrolladas y sobre todo potenciadas desde las comunidades fenicias de las costas peninsulares.

En un momento dado, ciertos grupos sociales debieron haberse apropiado tanto de la riqueza resultante de estos intercambios (aún no convertidos en verdadero comercio en sentido estricto) como, presumiblemente, de los nuevos medios de producción que el desarrollo del artesanado estaba provocando. Si pensamos que este proceso duró menos de doscientos años, es fácil considerar la hipótesis de una verdadera revuelta social interna, que estaría latente al menos desde el segundo cuarto del siglo VI, por lo que los grupos de control social (aún no necesariamente aristocratizados) se vieron obligados a proteger los bienes que controlaban, abandonando los asentamientos menos protegidos para crear otros con más posibilidades de defensa, como Canto Tortoso.

Si se aceptase esta hipótesis nos veríamos obligados a considerar que existe algún tipo de alianza o relación territorial supranuclear (aún por precisar) entre los distintos poderes de los diferentes *oppida*, para que la totalidad de un territorio pudiera ser estructurado en torno a esta red de poblados fortificados especializados en el control del intercambio (y en los cuales sin duda no residen los que controlan este proceso). Esta reflexión debe realizarse con sumo cuidado, ya que resultaría relativamente fácil establecer la existencia de un control territorial de carácter estatal, en la que dicho territorio podría considerarse como objeto propiedad de una clase dirigente que eliminaría progresivamente los lazos de sangre de carácter tribal.

Sin embargo, en este momento, en los inicios del mundo ibérico en lo que después vendría a denominarse zona bastetana, hablar de un estado no nos parece adecuado ya que la sociedad no parece encontrarse en un estadio suficientemente estructurado en torno a la existencia de clases, no hay sino un incipiente urbanismo (del que poco o casi nada sabemos), no existe escritura y no parece que el territorio se articule en torno a un único núcleo residencial del poder político. Por tanto, al menos dado el estado actual de nuestros conocimientos, parece que no se cumplen algunos de los requisitos que suelen caracterizar a las sociedades plenamente estatalizadas.

El siguiente punto de análisis es el cambio consecuente con la crisis de finales del siglo VI. Encontramos que desaparecen gran cantidad de yacimientos, como Barranco del Moro, Canto Tortoso o Peñas Blancas y no parece que se sustituyan por otras ubicaciones; de esta forma se entra en un siglo V que plantea dos problemas fundamentales: en primer lugar, la falta casi total de contextos que puedan ser fechados sin problemas en este momento y, en segundo lugar, la más que probable inexistencia de asentamientos fuera de los principales *oppida*, lo que llevaría implícito la desestructuración del sistema comercial que caracterizó al siglo VI (como constata la total inexistencia de materiales de importación en el siglo V, al menos en la primera mitad de siglo) y el cierre a las actividades alejadas de los *oppida*. Durante la mayor parte de esta centuria parece ser que este esquema predominante se presenta como la única opción: el *oppidum* se convierte en la única solución frente a un problema cuyo alcance aún desconocemos pero que agrupa a una serie de alteraciones económicas y, sin duda, sociales, que se resuelven con la concentración de población en determinados puntos, verdaderos centros culturales, políticos y económicos, con un alcance que hasta ese momento resultaría impensable.

Esta sociedad del siglo V da paso a una nueva idea de espacio-territorio desde un punto de vista conceptual; como acabamos de comentar, no parecen existir yacimientos fuera del *oppidum* a principios del siglo V aC. Los pocos que se documentan perviven desde la fase anterior y, como puede observarse en el Cortijo de Casa Vieja, se asocian directamente con alguno muy cercano (en este caso a los pies de Molata), de modo que facilita o bien el control de este asentamiento en llano o la protección de sus habitantes en el caso de conflictos externos, o ambos al mismo tiempo. En todo caso, parece que la población se concentra en torno a los *oppida* nucleares, lo que permitiría considerar que es en este momento cuando se configuran con la fisionomía que los caracterizará ya durante el resto del período ibérico, tanto desde el punto de vista de la extensión como, en consecuencia, desde el punto de vista defensivo. Sería lógico imaginar que la mayor parte de las estructuras de este tipo de asentamientos deben datar de este momento, como en el caso de Cerro Cepero (foto 4) o Cerro de los Allozos (foto 5), si bien algunas han podido sufrir remociones posteriores que, en casos como el lienzo oriental del Cerro del Real, debieran datarse en la fase de ocupación romana de época republicana. Igualmente parece necesario considerar que los habitantes

anteriormente distribuidos en distintos tipos de poblados se concentrarían en los *oppida*, lo que supondría una necesaria ampliación de los mismos. Este hecho nos llevaría a considerar que la estructura urbana creada en este momento podría representar ya la definitiva distribución del espacio del *oppidum* clásico.

La documentación de lo que podría suceder en torno al siglo V aC es sin duda uno de los elementos más importantes que debieran considerar los proyectos de investigación en el futuro, ya que es quizás el momento del que tenemos menos datos en el desarrollo de la cultura ibérica en la región de las altiplanicies, especialmente porque no debe olvidarse que es en esta fase cuando empieza a estar presente la formación definitiva del mundo clásico ibérico.

En este sentido, quizás uno de los aspectos sobre los que podemos incidir es que las grandes necrópolis que se conocen del ibérico pleno (Galera, el Cerro del Santuario de Baza y la del Cortijo Colorao de Gor) no presentan conjuntos anteriores a la mitad del siglo V aC. Desde nuestro punto de vista, este hecho es suficiente para considerar que no existe una continuidad demostrable entre la estructura social anterior a la crisis del siglo VI y la que puede rastrearse a partir de la mitad del siglo V aC. Por lo tanto, es un argumento más para determinar la importancia que debió tener esa crisis "social" en el proceso formativo de la sociedad ibérica plena.

Hay otros elementos que también permiten ser escépticos respecto a la continuidad entre las sociedades del ibérico antiguo y las del pleno y relacionado igualmente con el mundo, la muerte, se halla el propio origen de esas necrópolis. Algunos autores pretenden la formación de las mismas en torno a una tumba de tipo "príncipesco", como la del Cerro del Santuario en torno a la tumba 155, donde apareció la Dama de Baza (RUIZ, RISQUEZ, HORNOS 1992), emulando los modelos normalmente aceptados en entornos algo más antiguos, como son las necrópolis de los siglos VII y VI aC, pongamos por caso a Pozo Moro; este modelo no debe asumirse para los momentos más tardíos, pues, como se ha demostrado, la cronología de la tumba 155 no se corresponde con el momento de inicio de utilización de la necrópolis (ADROHER, LÓPEZ 1992), sino que es algo más tardía, ya que fue construida sobre una tumba anterior (PRESEDO 1982); por lo tanto, se hace preciso analizar este comportamiento desde una perspectiva netamente diferente, realizando nuevos estudios de conjunto donde el componente del ajuar puede arrojar alternativas interpretativas posiblemente no consideradas hasta el momento.

En cuanto al concepto de espacio de control, a partir de finales del V la situación parece haberse orientado hacia una progresiva territorialización política del paisaje: una cada vez mayor presencia del *oppidum* sobre su territorio circundante expresado, desde la mitad del siglo IV con la creación de distintos asentamientos de carácter agrícola en llanura y no fortificados, a lo que habría que sumar, a partir del siglo III, la existencia de pequeños poblados fortificados (Cerro del Almendro de Huéscar, Fuente Amarga en Galera, Los Castellones de Laborcilla o Las Angosturas de Gor). En esta línea habría que inter-



Foto 8. Peñón de Arruta (Jerez del Marquesado). Tramo occidental de la muralla.

pretar dos hechos que parecen acontecer de forma casi contemporánea: en primer lugar, la explotación de los yacimientos metalogenéticos del ámbito septentrional de Sierra Nevada y, por otro, la creación de espacios sacralizados al aire libre.

Sobre el primero de estos fenómenos queda aún mucho trabajo por realizar. Desde hace una década se han ido localizado distintos asentamientos en altura fortificados con abrumadora presencia de escoria de hierro. Es el caso de Peñón de Arruta en Jerez del Marquesado (fig. 3 y foto 7) o del Cardal en Ferreira (fig. 4 y foto 6). Hasta los años 80 esta zona cercana a Guadix no había sido objeto de estudios sistemáticos; pero, desde el primer momento en que se empezó a trabajar los resultados fueron realmente interesantes, si bien sigue sin haberse realizado ningún estudio de conjunto. A pesar de ello se han documentado un importante número de asentamientos en la zona que parecen presentar la misma cronología: podría iniciarse en un momento aún por definir del siglo III aC para pervivir hasta finales del siglo II o quizás a inicios del siglo I aC. La relación directa con la minería parece bastante clara. Aunque sin duda fue explotado el cobre, parece ser el hierro el metal que más atrajo a las comunidades ibéricas a la hora de ocupar de forma tan profusa este territorio. Hoy en día conocemos bastantes yacimientos que parecen ocupar las estribaciones más septentrionales de Sierra Nevada: la Calera de Dólar, el Cardal de Ferreira, el Castillo de Lacalahorra, el Castillo de Alquife, el Cerro de las Minas de Lanteira o el Peñón de Arruta de Jerez. Todos ellos parecen tener una relación directa con estas explotaciones de minerales metálicos, y todos parecen formar parte de la misma estructura de producción, con componentes muy semejantes y, sobre todo, con la misma cronología ocupacional.

Llegados a este punto, el planteamiento es determinar exactamente cuándo se inician estas explotaciones y, sobre todo, qué motiva al mundo indígena a poner en explotación con tecnología relativamente avanzada y de forma sistemática, la extracción y consiguiente reducción del mineral con un tipo de asentamiento humano tan especializado. Sería fácil relacionar este hecho con la presencia bárquida en el sur peninsular; sin duda pudo haber jugado un importante papel, pero si consideramos que éste fue

el motivo determinante deberíamos aceptar que las comunidades indígenas de esta zona se vieron afectadas por una relación impositiva importante por parte cartaginesa. Por otro lado, cabría pensar que la inexistencia de explotaciones articuladas de forma tan compleja antes del siglo III estaría directamente relacionada con la ausencia de un nivel tecnológico suficiente por parte de las comunidades indígenas que permitiera este tipo de actividades. En ese caso, sin duda son las relaciones con otras comunidades mediterráneas las que debieron aportar el conocimiento necesario, en cuyo caso nos enfrentamos de nuevo con el fenómeno de la presencia cartaginesa como incentivo básico; ¿Con qué finalidad? ¿Simple abastecimiento a las tropas cartaginesas? ¿Pago de algún tipo de impuestos por parte de las comunidades indígenas? ¿Tal vez las dos al mismo tiempo? En el actual estado de conocimientos resulta del todo imposible saberlo, ya que desconocemos la fecha concreta del inicio de la explotación sistemática de este complejo territorio minero que conocemos como Marquesado del Zenete. Todo lo que podemos saber es que, vistos los sistemas constructivos de los distintos yacimientos, el planteamiento urbano y los restos materiales que se observan en superficie parece que nos encontramos con recintos fortificados indígenas, en los que por el momento no encontramos dato alguno que permita afirmar que estas explotaciones sean de origen cartaginés.

Ya hemos dicho que la totalidad de los asentamientos son abandonados (¿o destruidos?) entre finales del siglo II y principios del siglo I aC, con una sola excepción: el Peñón de Arruta, en Jerez del Marquesado (fig. 3). Analizando el yacimiento, se observa que tanto el sistema constructivo como la planimetría de las estructuras actualmente visibles en superficie se alejan profundamente de las más puras tradiciones indígenas (la muralla no se amolda a la topografía y existen torres de planta rectangular que atraviesan el lienzo de muralla y están huecas). La presencia de material ibérico característico de los siglos III y II aC permite considerar la existencia de un asentamiento indígena anterior sobre el cual se dispone, en época tardorrepública, un poblado fortificado romano que sigue explotando el mineral de hierro, desde el segundo cuarto del siglo I aC hasta finales de época cesariana o principios de la época de Augusto, casi hasta la fundación de la *Colonia Iulia Gemella Acci* (Guadix, la cual, a raíz de los resultados de algunas excavaciones de urgencia, fundamentalmente las de la Calle Palacio, parece que debe situarse entre el 30 y el 20 aC).

Junto a este fenómeno que acabamos de analizar de creación de numerosos poblados fortificados que perduran desde el siglo III hasta finales del siglo II o principios del siglo I aC se observa la presencia de otros yacimientos con características muy homogéneas entre sí. Se trata de concentraciones de cerámica, bien sólo cuenquecillos de borde entrante y platos de borde recto divergente, o bien, acompañando a los anteriores, ollas toscas en pasta gris. Estos yacimientos son de muy reducidas dimensiones (en todos los casos inferiores a mil metros cuadrados) y pueden agruparse en dos tipos fundamentalmente: aislados en un cerro con buena visibilidad (los menos) o bien asociados a un poblado muy cercano (más numerosos).

Este tipo de yacimientos se concentra exclusivamente en la zona de las altiplanicies granadinas ya que, al menos por ahora, nos resultan totalmente desconocidos en la bibliografía de otras zonas colindantes, como el sureste peninsular, las costas de Andalucía Oriental, la Vega de Granada o el Alto Guadalquivir. La verdad es que la zona que estamos presentando, a diferencia de otros puntos de la geografía ibérica donde se han encontrado las denominadas cuevas-santuarios (o abrigos santuarios) no es propicia, desde el punto de vista geomorfológico, para este tipo de paisajes. Se trata normalmente de una zona muy afectada por el movimiento alpino, y, mientras que las principales cadenas montañosas están formadas por materiales metamórficos, las zonas de valle están colmatadas por sedimentos neógenos, normalmente conformados por limos, arcillas y gravas generalmente de depósito lacustre. Por tanto, la búsqueda de modelos de asentamientos religiosos asociados con estructuras tipo abrigo o cueva donde se materializan una parte importante de los santuarios ibéricos conocidos, tanto hacia el levante peninsular como hacia la Baja Andalucía (Cueva de la Murcielaguina en Priego de Córdoba) e incluso el Alto Guadalquivir (Santuario de Despeñaperros) parece poco viable en el ámbito de las altiplanicies.

Lo más frecuente es que este tipo de santuarios al aire libre o espacios sacralizados se encuentren asociados a poblados, con un solo santuario por poblado; así sucede en el Peñón de Arruta, en la Calera, en el Cardal o en el Cerro del Almendro. Este mismo esquema parece repetirse en las zonas de salida natural de las altiplanicies granadinas hacia las costas del sureste, ya que Montagón en Abila (Pasillo de Fiñana) o Cerro Macián (Paso de los Vélez), presentan también sus respectivos "santuarios" al aire libre. Otros aparecen aislados, sin asociación directa a un *oppidum* próximo, siendo el caso de Fiñana o de Puebla de Don Fadrique.

Pero de todos ellos, el complejo más interesante es el de *Tutugi* (Galera). Desde la publicación de las excavaciones de Cabré y Motos se ha hecho continua referencia a la existencia de una serie de alfarerías en los cerros colindantes al Cerro del Real. Compr-



Foto 9. Santuario ibérico del Cerro del Castillo (Galera). Concentración de fondos de platos y cuencos en la parte inferior del área sur.

bado directamente sobre el terreno, hemos podido determinar que estas “alfarerías” no son otra cosa que santuarios. De todos ellos debemos resaltar por su entidad el del Cerro del Castillo (localizado inmediatamente al sur del Cerro del Real): se trata de un cerro completamente cónico, si bien está seccionado en su ladera septentrional por la construcción de la antigua carretera que unía Galera con Cúllar; la parte superior presenta una reducida meseta que no supera los 100 metros cuadrados con pendiente pronunciada hacia todos lados. Tiene una altura relativa escasa, en torno a los quince metros. La ladera meridional presenta una riqueza inusitada de material arqueológico, pero que parece estar poco rodado. De hecho se observan tres concentraciones bien diferenciadas, dos de ellas orientadas al sur y la tercera orientada hacia el sureste. Las dos primeras presentan en casi su totalidad fragmentos de platos de borde recto divergente (foto 9), si bien existe una diferencia entre ambas: en la concentración superior se localizan los bordes de estas piezas, mientras que en la parte inferior, a apenas diez metros de la anterior, el mayor porcentaje corresponde a fondos de anillo. La tercera concentración se dispone algo más al este y, en este caso, el material se centra casi exclusivamente en fragmentos de ollas globulares de fondo de ónfalo y borde divergente con aplicaciones de cordones en la espalda y realizadas en pastas toscas reductoras, donde los desgrasantes son fácilmente visibles a simple vista.

Frente a la hipótesis que se plantea en la tradición historiográfica de que estos restos representan elementos propios de una alfarería existen demasiados elementos en contra. En primer lugar la zona donde se ubica: sin ninguna red hidrográfica próxima parece bastante improbable el trabajo de la decantación y modelado de la arcilla; igualmente la zona no parece poder proporcionar la materia prima de la calidad precisa para este tipo de artesanías, ya que se trata de terrenos muy yesosos. En cuanto a las características tipológicas del conjunto cerámico documentado parece muy poco probable que en esta época tan antigua exista tal índice de especialización como para que un taller cerámico se concentre en tipos específicos dentro de una sola serie en el mismo centro productor cuando ni siquiera en época romana se constata este hecho; además, esta especialización se centraría en dos series tan dispares como la cerámica común y la tosca cuyos procesos de fabricación son notablemente distintos; por último parece algo más que improbable que la producción de las dos series se especializara en un solo tipo constante en cada caso. Por otra parte no existe ni un solo fragmento de material que esté sobrecocido, al margen de algunos problemas de cocción que no anulan el uso potencial de la pieza y que pueden ser confundidos con desechos de horno. Aún más, la existencia de grafitos post-cocción en los fondos externos de algunos platos impiden considerar que ese material no haya sido usado en algún momento determinado.

Ya en otros trabajos hemos analizado las razones que esgrimimos para considerar que estos yacimientos deben ser interpretados como santuarios al aire libre (ADROHER 1999), pero es indudable que este ejemplar de Galera es, sin duda, el mejor conservado y el que debe ser analizado con mayor precisión. Un

trabajo de campo concienzudo con el material de superficie parece la única posibilidad para determinar la razón de su ubicación así como la disposición de los materiales, ya que todo apunta a que este tipo de yacimientos no presenta estratigrafía alguna.

Por lo que hemos visto hasta este momento, la fase final del mundo ibérico en las altiplanicies granadinas, es decir, la que se desarrolla entre el siglo III y el siglo I aC no es un proceso unívoco ni homogéneo en toda su extensión geográfica, como tampoco lo fue su fase formativa. Las destrucciones o abandonos de distintos tipos de asentamientos, quizás uno de los aspectos más reseñables de este período en la zona, difieren según el ámbito y según el modelo de hábitat.

Así, mientras algunos *oppida* se abandonan a finales del siglo III aC, como es el caso de Cerro de los Allosos (Montejícar), otros más tarde, como Molata de Casa Vieja (Puebla de Don Fadrique), a finales del siglo II o principios del I aC; la mayor parte de ellos continúan siendo ocupados hasta bien entrada la época romana, como *Basti* (Cerro Cepero, Baza), *Tutugi* (Cerro del Real, Galera) que llega a convertirse en *municipium* (quizás en época flavia) o *Acci* (Guadix), que deviene *colonia* (entre César y Augusto).

Caso bien distinto lo suponen los pequeños poblados fortificados: todos ellos son abandonados en la misma época que Molata de Casa Vieja; es el caso de Cerro de la Cruz (Bugéjar, Puebla de Don Fadrique) (foto 1), Cerro del Almendro (Huéscar) (fig. 6), Fuente Amarga (Galera), Los Castellones (Laborcillas), Las Angosturas (Gor), El Cardal (Ferreira), La Calera (Dólar), Cerro del Castillo (Alquife), aunque puede darse el caso de una reocupación romana posterior como en el Peñón de Arruta (Jerez del Marquesado).

Respecto a los yacimientos que hemos clasificado como santuarios sucede algo parecido; teniendo en cuenta los problemas que conlleva la especificidad del material que se observa en superficie, parece que su abandono puede ser datado, en todos los casos, en la misma época, es decir, entre finales del siglo II y principios del siglo I aC.

Queda por analizar un cuarto grupo de asentamientos ibéricos, que correspondería a los de carácter rural, normalmente situados en llanura. Al parecer podrían empezar a formarse en torno a la segunda mitad del siglo IV o quizás a principios del siglo III aC. Ninguno de los casos que conocemos hasta el momento se abandona antes de época flavia. Desde nuestro punto de vista esto parece indicar que el sistema de explotación agropecuario apenas cambia con la llegada de los romanos hasta que se produce la verdadera «romanización» del mundo rural ya claramente en la segunda mitad del siglo I dC. Dentro de este grupo podemos, una vez más, establecer dos modelos de comportamiento. En primer lugar situamos los que realmente acaban desapareciendo en época flavia, como es el caso de Los Tornajos en Puebla de Don Fadrique o algunos de los ubicados a lo largo del río Fardes. Se trata de asentamientos alejados de los principales núcleos de población, es decir, de los *oppida*. Un segundo grupo engloba a los asentamientos que podemos definir como perinucleares, es decir, aquellos que se ubican en las inmediaciones de los *oppida*, y que parecen perdurar en ocasiones mucho más allá en el tiempo. Valga como

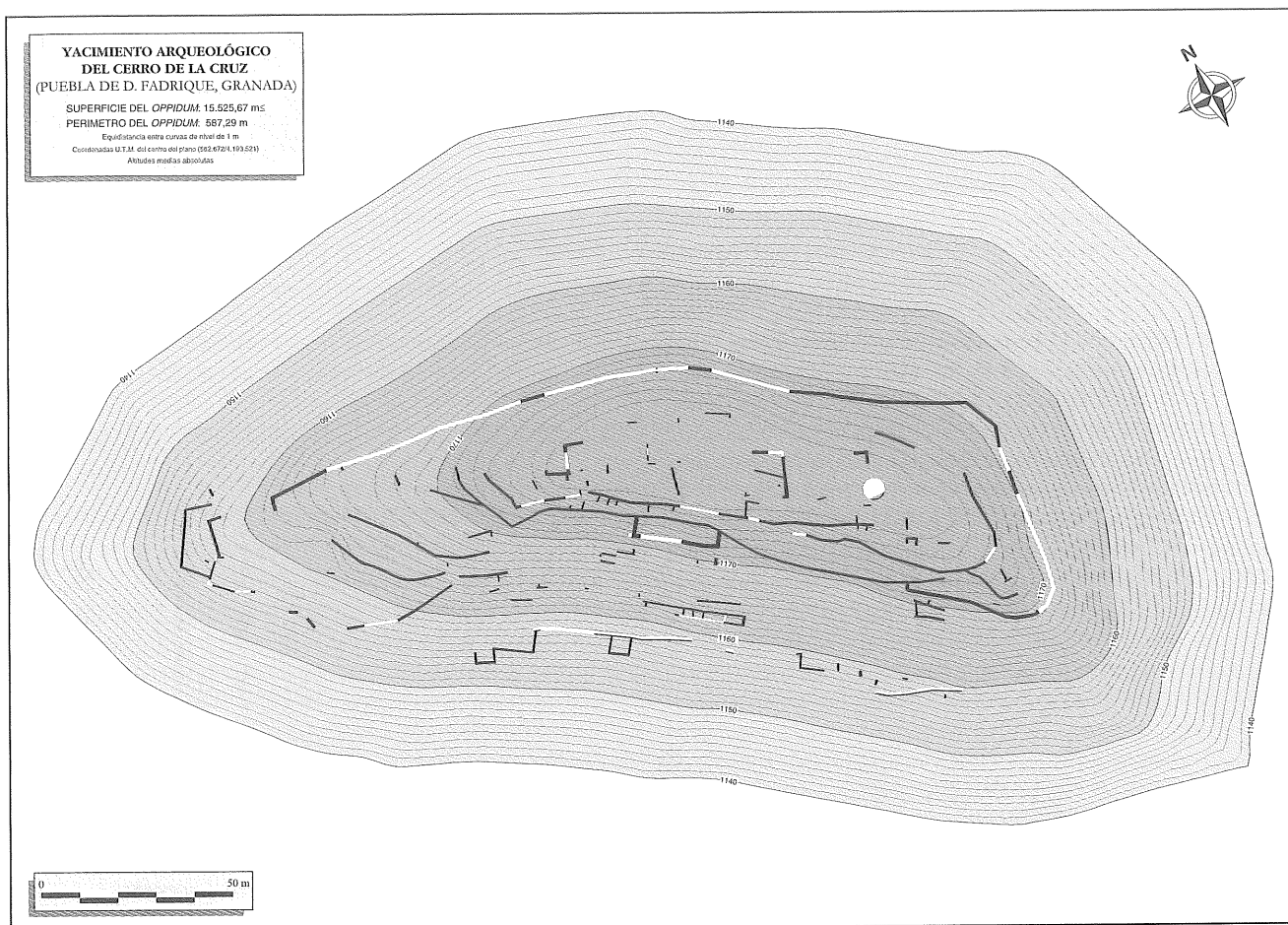


Fig. 5. *Oppidum* del Cerro de la Cruz (Puebla de don Fadrique). Plano topográfico.

ejemplo el caso de Bugéjar, donde encontramos un yacimiento ibérico en llanura que continúa su ocupación hasta la antigüedad tardía sin solución de continuidad; o el también caso del Cerro del Castillo de Montejícar, vecino al Cerro de los Allozos.

Visto todo lo anterior, a grandes rasgos, podemos concretar que en el mundo ibérico en el altiplano granadino se constata un importante cambio en la estructura interna en el paso del siglo II al siglo I aC. Quizás podríamos poner en relación con este fuerte cambio la presencia militar romana atestiguada fundamentalmente a raíz del hallazgo en las prospecciones de Puebla de Don Fadrique de un poblado fortificado de carácter militar romano (fig. 7 y foto 8), en un lugar conocido como el Cerro del Trigo (ADROHER *et al.* 2000); este hallazgo permite analizar, a partir de los resultados obtenidos en el ámbito del campo de Bugéjar, la complejidad del proceso de transformación y alteración, a veces violenta, de las estructuras indígenas: en una zona próxima, apenas a tres kilómetros del campamento romano, existe un pequeño *oppidum*, el Cerro de la Cruz, que se abandona coincidiendo con la fundación del enclave militar; casi al mismo tiempo (no se podrá determinar exactamente la relación cronológica hasta que se realice algún tipo de sondeo estratigráfico) en la necrópolis ibérica correspondiente, situada muy cerca del Cerro del Trigo, concretamente en Casas del Duque, se instala un asentamiento romano suburbano de casi cinco hectáreas que arrasa por completo la necrópolis indígena.

Todos estos datos apuntan a una conquista violenta de la zona por parte de las tropas romanas en las postrimerías del siglo II, casi en torno al año 100 aC. Aún no estamos en condiciones de determinar hasta qué punto se puede generalizar esta violencia inherente a una fase avanzada de la presencia romana en la zona al conjunto general de las altiplanicies o, más globalmente, al ámbito de la Alta Andalucía o del sureste peninsular, ya que no contamos, al menos por el momento, con datos suficientemente contrastados para intentar generalizar dicha hipótesis.

El mundo ibérico en las altiplanicies presenta, en líneas generales, un cierto componente mixto de diversidad y homogeneidad a la vez, si bien en distintos niveles que parecen caracterizar al mismo tiempo el origen y posterior desarrollo de la cultura. Aunque globalmente podemos considerar la zona como relativamente unitaria, existen siempre elementos que impiden considerarla como una verdadera unidad cultural en sentido estricto.

A pesar de las ya vistas diferencias, el origen del mundo ibérico debió presentar ciertos parámetros relativamente semejantes en casi toda la zona, ya que la mayor parte de los *oppida* principales tienen su origen en fases prehistóricas; se ha documentado bronce final en Guadix y en el Cerro del Real de Galera y en Cerro Cepero de Baza podría apuntarse igualmente esta posibilidad, así como en Cerro de los Allozos de Montejícar. El impacto colonial de las primeras fases del mundo fenicio no parece que fuera

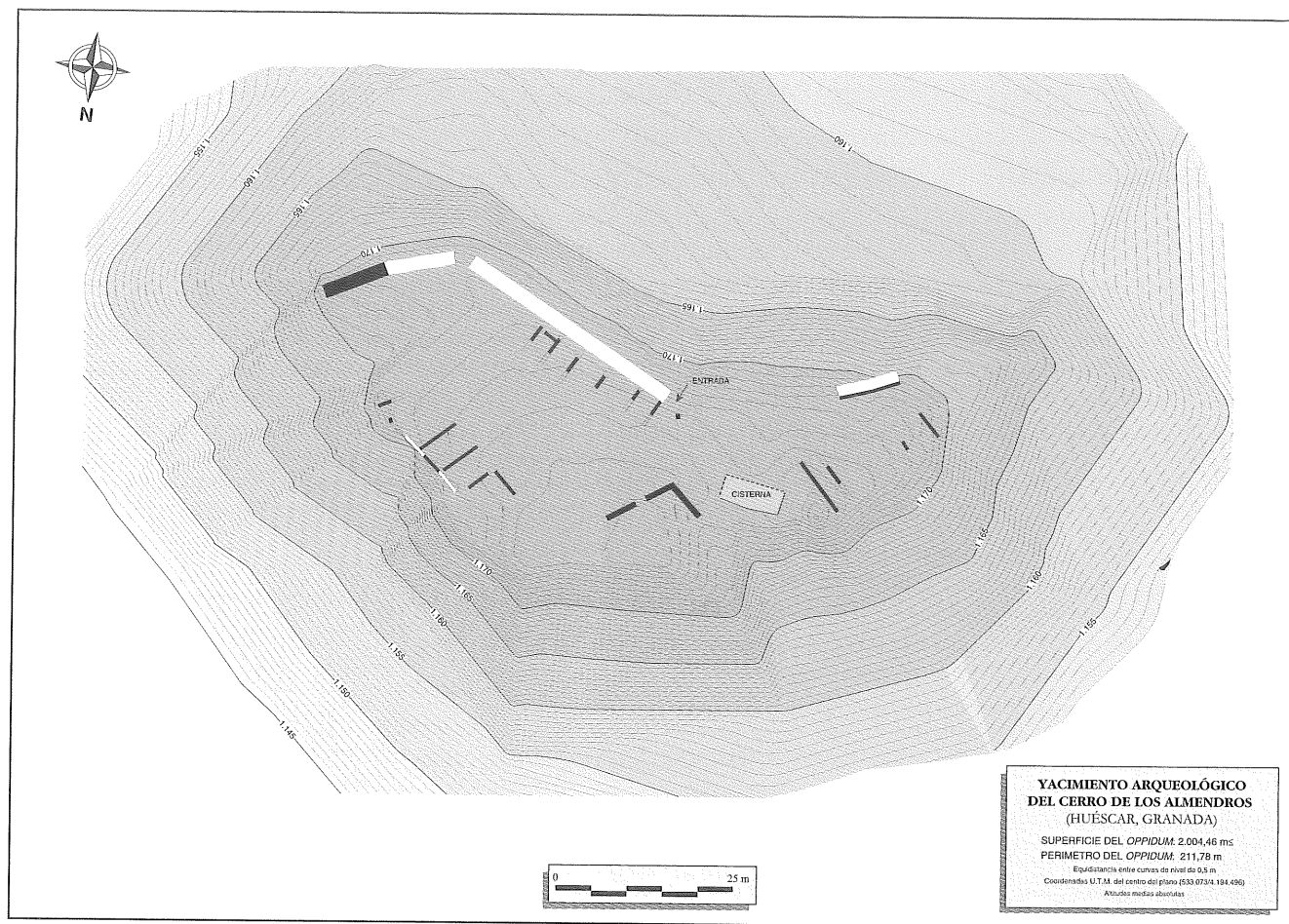


Fig. 6. Asentamiento ibérico del Cerro del Almendro (Huéscar). Plano Topográfico.

muy importante, ya que aunque son constantes los materiales semitas en los yacimientos no llegan a tener la entidad de otras zonas colindantes como la Vega de Granada (Albaicín, Cerro de la Mora, Mesa de Fornes o Cerro de los Infantes). Aún no estamos en condiciones de determinar cronologías exactas de la asimilación de los principales procesos tecnológicos que se generalizan en el hierro antiguo. Ni la metalurgia del hierro ni la introducción del torno tienen por ahora dataciones precisas que puedan explicar el impacto de ambas tecnologías en la formación del mundo ibérico. La fase del ibérico antiguo es aún muy poco conocida, aunque podemos determinar la existencia de interesantes vías de intercambio entre la costa y el Alto Guadalquivir que estarían utilizando el área central de la zona, como vemos por el eje formado por Barranco del Moro de Zújar y Canto Tortoso de Gorafe, y que identifican el río Guadiana Menor como línea fundamental de acceso hacia el interior de los productos provenientes de las zonas costeras. Esto nos permitiría concebir que la relación existente entre la Vega de Granada y las altiplanicies propiamente dichas sería relativamente escasa. La ubicación de algunos *oppida* como el de Molata de Casa Vieja o el de Guadix, relacionados con accesos a la costa de una forma u otra, no hacen más que concebir que se juega un papel relativamente homogéneo en el comportamiento frente a estas redes de intercambio. También apunta en esta dirección la distribución de los que hemos denominado santuarios

al aire libre, existentes desde la Puebla de Don Fadrique, límite norte de este área, hasta las faldas septentrionales de Sierra Nevada, que la delimitan por el sur; sin embargo, no estamos en condiciones de delimitar una función espacial concreta para ese tipo de asentamientos, ya que puede tratarse tanto de santuarios relacionados con el territorio inmediato de ocupación por parte de una comunidad dada como de una relación macroespacial mayor con un territorio en el cual jugarían un papel de lindes o, con todo el cuidado que se merece la expresión, de «fronteras».

Frente a esta homogeneidad que acabamos de analizar en el conjunto del territorio de las altiplanicies, existen otros aspectos sociales y culturales de marcado carácter divergente, alguno de los cuales ya han sido referidos con anterioridad. Entre los de tipo cultural podemos hacer mención a la diferencia existente en las facies cerámicas del ámbito regional. Por ejemplo, ya hemos comentado los materiales que suelen caracterizar algunas de las subregiones de las altiplanicies granadinas, como las ollas en cerámica tosca y cocción reductora, propias de los ambientes septentrionales y casi del todo ausentes en las zonas más meridionales. Los cuencos de borde entrante responden igualmente a pautas diferenciales entre ambos extremos; no hay que olvidar tampoco la presencia en la zona norte de materiales característicos del ámbito levantino, como cerámicas decoradas del estilo Elche-Archena, con casos contados al norte de Almería o en Puebla de Don Fadrique.



Fig. 7. Campamento militar romano del Cerro del Trigo (Puebla de Don Fadrique). Plano topográfico.

Por el momento no estamos en disposición de presentar modelos elaborados y contrastados sobre la ocupación del territorio o distribución del entramado urbanístico de las distintas unidades poblacionales. Desde este punto de vista el elemento que podemos resaltar en aras de una diferenciación claramente establecida entre las distintas regiones del núcleo del denominado ámbito bastetano es la diferencia que se establece en la continuidad de la ocupación de los *oppida*. En tanto que algunos casos como el Cerro de los Allozos, se abandonan en torno a finales del siglo III aC, otros, como Molata de Casa Vieja, perduran hasta finales del siglo II o principios del siglo I aC, existiendo un nutrido grupo que perdura claramente en época romana.

Así pues, podemos comprobar que existe un comportamiento distinto en las diferentes zonas respecto a la presencia romana. Este elemento diferenciador permite considerar como muy probable la relativa independencia de los *oppida* entre sí, ya que el establecimiento de un nuevo poder primero militar, después político y, finalmente, económico y social, afecta de modo sensiblemente opuesto a unos y otros núcleos poblacionales. Este hecho nos permite considerar que la denominada Bastetania no supuso, quizás en ningún momento del desarrollo del mundo ibérico, una unidad política o cultural, a pesar de la existencia de elementos que pueden ser comunes a gran parte del territorio; hemos podido analizar con anterioridad el problema de la religiosidad expresada

a través de los espacios sacralizados al aire libre; existe otro elemento en la historiografía sobre el mundo ibérico bastetano que ha querido verse como símbolo de la homogeneidad territorial de este grupo cultural, las denominadas cajas bastetanas, en las que quedarían incluidas tanto las conocidas de Toya y *Tutugi*, como las interpretaciones que podrían hacerse en torno a las dos estatuas aparecidas en el entorno de *Basti*, la dama de la necrópolis del Cerro del Santuario y el caballero de la vecina necrópolis de Cerro Largo, las cuales, a pesar de que no coincidan en las cronologías (siglo IV para la primera y propuesta del siglo II aC para la segunda), presentan exactamente la misma funcionalidad: contenedores de las cenizas del difunto.

Si consideramos que deben ser concebidas como tales, nos encontraríamos con el problema que fuera de las fronteras de lo que se considera Bastetania en sentido estricto existen ejemplos de esculturas que pudieron haber tenido la misma funcionalidad como en el caso de la Dama de Elche, ya que también presenta una oquedad para, presumiblemente, contener cenizas. No obstante habría que plantearse aún algunas cuestiones de base sobre este extremo, siendo quizás la principal de ellas el problema de si las esculturas fueron concebidas, desde un principio, como elementos propios de un ajuar funerario o, si por el contrario, ésta no es más que una función de amortización de carácter secundario.

... y futuro del mundo ibérico en las altiplanicies granadinas

Las líneas anteriores pueden parecer escasas para el conocimiento del desarrollo de más de seiscientos años de historia en un territorio tan amplio. No obstante la realidad de la investigación de la zona no da lugar a más. Son necesarios nuevos aportes de información que posibiliten el desarrollo del conocimiento al menos al nivel de otras zonas colindantes, como el ámbito del sureste peninsular o el Alto Guadalquivir.

En este sentido se hace necesario considerar una serie de líneas que parecen, a todas luces, prioritarias en el futuro más inmediato. En primer lugar, la puesta al día de los datos que resultan de la totalidad de las excavaciones, desde las que han servido de introducción a este trabajo a principios del siglo XIX hasta las que se vienen realizando en la actualidad. La revisión del material producirá un avance importante en campos principalmente relacionados con la muerte, ya que la mayor parte de las grandes excavaciones se han realizado sobre necrópolis (Baza y *Tutugi*); esta revisión podría poner al día la existencia de determinados ajuares en relación directa con las tumbas correspondientes. La primera ventaja será determinar el momento del nacimiento de ambas necrópolis, así como asimilar una cronología específica para cada una de las tumbas, con la ventaja de no caer de nuevo en errores cronológicos como el que permitió considerar que la tumba de la Dama de Baza pudo haber determinado el origen de la necrópolis.

En segundo lugar se hace absolutamente necesaria la creación de un corpus de materiales cerámicos del mundo ibérico «bastetano», ya que la utilización de tipologías de zonas colaterales puede producir un efecto negativo en la observación y clasificación de datos tanto desde el punto de vista analítico como del puramente cronológico. Este corpus o tipología no debiera quedar reducido a un listado de formas con sus variables, sino que, más bien, se hace preciso establecer series homogéneas y ordenadas que permitan incorporar la mayor cantidad de información sobre, a ser posible, los más mínimos fragmentos que proporcionen alguna idea sobre la forma de la pieza a la que pertenecen. Sistemas como el utilizado por Helena Bonet y Consuelo Mata en su tipología sobre cerámica ibérica parecen muy útiles como punto de partida; sin embargo hay que tener en cuenta el fuerte problema de la regionalización en el mundo ibérico que impide extrapolar sin más los resultados de una zona a su región inmediata, como en cierta manera hemos podido ver ya dentro del mismo ámbito geográfico que hemos estudiado. No obstante parece aún difícil establecer los parámetros que indiquen los distintos aspectos que pueden y deben ser incorporados en una tipología de material moderna y práctica (por tanto, útil), por lo que puede ser un buen momento para establecer *a priori* unos protocolos aceptados por la mayor parte de los investigadores. En todo caso queda fuera de lugar la realización de pormenorizados estudios evolutivos de carácter matemático, en ocasiones excesivamente complejos y que han demostrado sobradamente su inutilidad en el trabajo de campo cotidiano. Un protocolo más sen-

cillo, que permita una utilización clara y definitiva por parte de distintos grupos de trabajo, ofrecerá a medio plazo, o incluso a corto plazo, un fuerte incremento tanto en la gestión de los datos como en la explotación de los mismos, basándonos en parámetros que sean comparables de una zona a otra o de una excavación a otra, ya que no sólo la tipología, sino la contextualización y demarcación de facies de materiales (donde se incorporen de una vez los porcentajes de presencia de los mismos con un sistema de cuantificación adecuado) son elementos imprescindibles que permiten comparar resultados de una zona a otra, y sin olvidar conceptos comúnmente aceptados en la arqueología protohistórica y romana del Mediterráneo occidental, como el de clase cerámica, distinguiendo claramente grupos de materiales por tecnologías diferenciadas.

En tercer lugar, pero no por ello más prescindible, es urgente la pronta publicación de las distintas estratigrafías resultantes de las últimas excavaciones, abandonando, en la medida de lo posible, la simple publicación de los materiales que subjetivamente sean considerados necesarios, pues, en el estado actual de la investigación se precisan más datos de contextos, incluyendo perfiles de piezas y cuantificación que permita dibujar de forma progresiva las distintas facies regionales que puedan establecerse.

En otro orden, si bien es cierto que se ha avanzado notablemente en estos últimos diez años, resulta necesario poner al día la información sobre la existencia de distintos tipos de yacimientos; desde la publicación de Aguayo y Salvatierra de 1987 hasta la actualidad prácticamente se ha triplicado la cantidad de ellos, pudiendo en este momento establecer con cierta fiabilidad la cronología de fundación y de abandono de la mayor parte, así como su extensión aproximada.

Se están publicando últimamente las primeras planimetrías de yacimientos de superficie, como el Cerro del Almendro o el Cardal. Esta línea permitirá, esperamos que en un futuro no muy lejano, conocer la estructura interna de los poblados, distribución de las unidades domésticas desarrollando posibles modelos, análisis de los recintos con el consiguiente estudio de sus sistemas constructivos, problemas en



Foto 10. Campamento militar romano del Cerro del Trigo (Puebla de Don Fadrique). Habitación central con los campos de Bugéjar al fondo.

torno a la poliorcética, accesos y entradas, torres y bastiones, etc. Caracterización de espacios «singulares», existencia de acrópolis diferenciadas en el interior de los *oppida* (Cerro de la Cruz) ..., elementos todos ellos de los que apenas tenemos información.

Dado el gran avance que se ha dado al estudio del territorio, parece lógico empezar a conocer el paisaje; los escasos elementos con los que contamos apenas dan de sí, como los análisis de antracología de Fuente Amarga, los de carpología de Guadix o los estudios sobre el sistema defensivo de Canto Tortoso, del que se puede inferir un escaso cambio en la geomorfología de la zona durante los últimos tres mil años. Pero es absolutamente necesario el establecimiento de cronologías exactas para las analíticas de paleoambiente que nos acerquen de forma definitiva al medio en el cual se desarrolló la cultura ibérica.

Visto lo anterior, parece lógico plantearse que deben realizarse sondeos estratigráficos en los cuales se documente la evolución cronológica del mundo ibérico, tanto desde el punto de vista artefactual como ecofactual; por otra parte, estos sondeos solucionarían el problema de las fases de fundación y abandono de los principales poblados y, al mismo tiempo, podría arrojar cierta luz sobre el importante vacío en la investigación que supone el siglo v aC.

Una segunda fase debiera pasar por la excavación sistemática de una serie de poblados, fundamentalmente de los de reducidas dimensiones, buscando aquellos que presenten funcionalidades y cronologías bien diferenciadas, escogiendo los mejor conservados de los distintos grupos que hemos analizado.

1. Un poblado minero del Marquesado del Cenete, que permita determinar el alcance de la tecnología ibérica en relación con la metalurgia del hierro, respondiendo algunas de las preguntas respecto a las bases sobre las cuales se establecen este tipo de explotaciones; en este sentido sería absolutamente preciso completar la información con una prospección sistemática que pudiera determinar la ubicación de los puntos de extracción del mineral así como la documentación de todos los procesos de transformación y, a ser posible, de distribución de los productos.

2. Un pequeño poblado fortificado de las altiplanicies, tipo Cerro del Almendro, para determinar la funcionalidad y el nivel de dependencia respecto al *oppidum* nuclear. El estudio de las relaciones de producción en estas fortificaciones permitirán inferir este tipo de relación a través de la analítica de materias primas, índice de transformación de las mismas, elementos característicos de producción, nivel de autonomía, etc.

3. Algún asentamiento en llanura, que permita determinar la estructura urbana, la delimitación del espacio colindante y el índice de productividad y transformación, observando si se trata de elementos más característicos de la explotación agraria o, al contrario, es el control simple de accesos a cañadas pecuarias.

4. Un poblado antiguo, tipo Peñas Blancas, a través del cual se pudiera establecer el movimiento de sinecismo que dio lugar a los *oppida* durante el siglo vi aC; una de las líneas prioritarias consistiría en determinar el nivel de autarquía del poblado así como el momento exacto de fundación y de abandono.

5. Un asentamiento de los de tipo Canto Tortoso o Barranco del Moro. Ya hemos visto la especificidad de este tipo de asentamientos y la gran importancia que parecen tener en las relaciones intercambio-comercio entre los asentamientos de la costa del sureste peninsular y el Alto Guadalquivir. Establecer una buena planimetría, determinando la existencia de distintos tipos de estructuras en el interior del poblado y analizando el sistema defensivo (tanto desde el punto de vista de la evolución tecnológica como de la puramente cronológica). En este tipo de poblado se hace absolutamente imprescindible la elaboración de una refinada técnica de registro, análisis y gestión de datos inherente al material cerámico, que debiera llevar implícito un buen intento de contextualizar los hallazgos e inferir posibles contenidos para las ánforas.

6. Dos o tres santuarios al aire libre, dependiendo de su posición. La importancia de este tipo de yacimiento es doble; por un lado, por su tipología, completamente diferente a los santuarios hasta ahora conocidos en el mundo ibérico, y por otro, y en relación con esto mismo, porque parecen poder caracterizar una parte de la zona bastetana; sería necesario realizar un estudio con detenimiento sobre su ubicación, distribución microespacial y cronología, así como un análisis del proceso formativo del yacimiento, estructurado con una especificidad que no acontezca sobre los asentamientos humanos estables urbanos o suburbanos.

7. A todo lo anterior habría que unir la necesidad de realizar el considerable esfuerzo que supondría la excavación de un *oppidum*, si bien dentro del cuadro de un grupo interdisciplinario que planteara unos objetivos bien delimitados, con la garantía de un proyecto que terminase con la valoración y publicación de todos los datos inherentes a la investigación realizada.

Desde el punto de vista de la divulgación del patrimonio, la cultura ibérica no es en absoluto ajena a la gravísima situación que vive la arqueología en general en el ámbito de las altiplanicies granadinas. Recientemente han sido abiertos al público sendos museos que, en principio, deben tener una fuerte relación directa con el mundo ibérico; los municipales de Baza y de Galera. No obstante, a pesar del considerable esfuerzo, no parecen ser modelos suficientemente modernos de museografía, quizás como consecuencia de una situación económica muy débil. La solución no parece venir de la mano de la multiplicación de museos municipales que han demostrado reiteradas veces su escaso impacto social; parece bastante más lógico establecer una coordinación general de las comarcas del altiplano granadino para potenciar una optimización de los escasos recursos económicos en una zona de alto potencial turístico de calidad. Un intento fallido fue una noticia relacionada con la creación de rutas sobre el mundo ibérico; pero nada se sabe y nada se ha hecho. Una vez más un proyecto que, por falta de interés, de solvencia científica o simplemente de madurez profesional, no ha salido adelante, perjudicando, como tantas otras veces, la imagen, ya de por sí deteriorada, de la arqueología. La elaboración de dichas rutas debería contar con un equipo interdisciplinario que conozca perfectamente tanto lo que existe como su

representatividad, realizando un profundo análisis de las distintas características de los yacimientos arqueológicos y el interés intrínseco de cada uno de ellos; a ello habría que unir un conjunto de publicaciones de divulgación para dar a conocer esos potenciales. Pero los profesionales no podemos seguir amparándonos en las quejas de bajos presupuestos de subvención para ocultar nuestra incapacidad para comunicar al gran público el trabajo que realizamos.

Y desde un punto de vista meramente arqueológico, y en el estado actual de los conocimientos, el ámbito de las altiplanicies, como la vecina Almería o la propia Vega de Granada debe quedar al margen de las grandes interpretaciones de las que han sido objeto otras áreas, ya que este comportamiento podría perjudicar profundamente el desarrollo de investigaciones futuras pues, como se ha visto, existen otras zonas de las que, finalmente, contamos con escasos datos publicados a pesar de la gran cantidad de intervenciones arqueológicas que se han realizado, como consecuencia de haberse embarcado en la estructuración de modelos a los que falta tanto una teoría sólida en la que basarse, como una claridad y eficiencia «científica» con la publicación humilde de los datos con los que se cuenta para poder desarrollar esas fabulosas interpretaciones que hoy en día son imposibles de criticar por esa misma falta de trans-

parencia. Creemos que no sería positivo desarrollar un gran cuerpo interpretativo sin la limpieza, análisis pormenorizado y posterior (y obligada) publicación de los datos con los que actualmente contamos, ya que, como puede observarse en otras áreas de la Península Ibérica, esas grandes interpretaciones están dando lugar a una pérdida de la visión de lo particular, que, en muchas ocasiones, es denostada bajo el lema de representar una arqueografía más propia del historicismo de principios de siglo xx que una arqueología propiamente dicha del nuevo milenio.

El futuro de la arqueología ibérica en las altiplanicies granadinas parece que empieza a aclararse ligeramente. De hecho empiezan a desarrollarse proyectos de investigación específicos sobre el mundo ibérico y la propia disciplina de la arqueología ibérica es objeto de trabajos de doctorado en la Universidad de Granada, formándose poco a poco un nutrido grupo de jóvenes profesionales que permitirán avanzar notablemente en los próximos cinco o seis años.

Andrés María Adroher
Antonio López

Departamento de Prehistoria y Arqueología
Facultad de Filosofía y Letras
Campus Universitario de Cartuja
18071 Granada

Bibliografía

ADROHER 1999

A. M. Adroher, «Galera y el mundo ibérico bastetano. Nuevas perspectivas en su estudio», en Blánquez, J. y Roldán, L., *La cultura ibérica a través de la fotografía de principios de siglo. Un homenaje a la memoria*, Madrid, 1999, 375-384.

ADROHER *et al.* 2000

A. M. Adroher, A. López, J. A. Salvador, A. Caballero y F. J. Brao, «Impacto romano sobre la ocupación del campo de Bugéjar (Puebla de Don Fadrique, Granada)», *Cvdas*, 1, Andújar, 2000, 159-186.

ADROHER, LÓPEZ 1992

A. M. Adroher y A. López Marcos, «Reinterpretación cronológica de la necrópolis ibérica del Cerro del Santuario (Baza, Granada)», *Florentia Iliberritana*, 3, 1992, 9-37.

ADROHER, LÓPEZ 2001

A. M. Adroher y A. López Marcos (eds.), *Excavaciones arqueológicas en el Albaicín (Granada). I. El Callejón del Gallo*, Granada, 2001.

AGUAYO, SALVATIERRA 1987

P. Aguayo y V. Salvatierra, «El poblamiento ibérico en las altiplanicies granadinas», *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985)*, Jaén, 1987, 229-238.

GONZÁLEZ, ADROHER, LÓPEZ 1995

C. González, A. M. Adroher y A. López, «El yacimiento de Canto Tortoso (Gorafe, Granada), un enclave comercial del siglo VI aC en el Guadiana Menor», *Verdolay*, 7, Murcia, 1995, 159-176.

GONZÁLEZ, ADROHER, LÓPEZ 1999

C. González, A. M. Adroher y A. López, «El poblamiento iberorromano del río Fardes (Granada)», en *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 9, 1999, 157-180.

MARÍN 1992

N. Marín (ed.), *Baza y su comarca durante la época romana*, Granada, 1992.

PRESEDO 1982

F. Presedo, *La necrópolis de Baza*, EAE, 119, Madrid, 1982.

RODRÍGUEZ *et al.* 1999

M. O. Rodríguez, E. Fresneda, J. M. Peña y M. López, «Los niveles ibéricos de Fuente Amarga (Galera, Granada)», *XXIV CNA (Elche, 1998)*, Elche, 1999, 283-291.

RODRÍGUEZ, LÓPEZ, PEÑA 2001

M^a O. Rodríguez, M. López y J. M. Peña, «Excavación arqueológica de urgencia en la Granja de Fuencaliente (Huéscar, Granada)», *Anuario Arqueológico de Andalucía 1997/III*, Sevilla, 2001, 299-308.

RUÍZ, RISQUEZ, HORNO 1992

A. Ruiz, C. Rísquez y F. Hornos, «Las necrópolis ibéricas en la Alta Andalucía», *Las necrópolis. Congreso de Arqueología Ibérica*, Madrid, 1992, 397-430.

RUÍZ, MOLINOS 1993

A. Ruiz y M. Molinos, *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Barcelona, 1993.

RUÍZ, MOLINOS, RISQUEZ 2000

A. Ruiz, M. Molinos y C. Rísquez, «Peuplement et territoire à l'âge du Fer ancien au Sud de la Péninsule Ibérique», *Monographies d'Archéologie Méditerranéenne*, 7, 2000, 53-60.

Bibliografía sobre el mundo ibérico en las altiplanicies granadinas

ADROHER 1988a

A. M. Adroher, «Cerámica de barniz negro en el sudeste, bases para un análisis geoeconómico», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 12-13, 1988, 185-194.

ADROHER 1988b

A. M. Adroher, «Digresiones sobre la forma de barniz negro 21-25 B y sus imitaciones. El caso de Baza (Granada)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 12-13, 1988, 195-204.

ADROHER en prensa

A. M. Adroher, «Ánforas del tipo ibérico en las depresiones intrabéticas granadinas», *Revista de Estudios Ibéricos*, 4. *Las ánforas del área ibérica, zonas de producción y evolución tipocronológica* (ss. VI-IV aC), Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.

ADROHER, LÓPEZ, en prensa

A. M. Adroher y A. López, «El impacto romano sobre los asentamientos ibéricos en la alta Andalucía, las intrabéticas septentrionales», *I Congreso Internacional sobre ciudades en la Bética* (Granada, 1998), Granada.

ADROHER, CABALLERO, LÓPEZ 2001

A. M. Adroher, A. Caballero y A. López, «Excavación arqueológica de urgencia en la calle Palacio, s/n (Guadix, Granada)», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1997/III, Sevilla, 2001, 285-292.

ADROHER, LÓPEZ, BARTUREN 1994

A. M. Adroher, A. López y F. J. Barturen, «Los niveles del Bronce Final, Hierro Antiguo y romanos en el yacimiento de Montalegre, Gorafe (Granada)», *Florentia Iliberritana*, 4-5, 1994, 7-50.

ADROHER *et al.* 1999

A. M. Adroher, A. López, R. Godoy, E. Morales, J. Fernández y D. Serrano, «Poblamiento y territorio en las intrabéticas septentrionales. Campaña de prospección de 1995 en Puebla de Don Fadrique. Granada», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1995/II, Sevilla, 1999, 47-54.

ADROHER *et al.* 2001

A. M. Adroher, A. López, A. Caballero, F. J. Brao, J. A. Salvador, J. Fernández y D. Serrano, «Campaña de prospección arqueológica superficial en los Llanos de Bugéjar (Puebla de don Fadrique, Granada)», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1997/II, Sevilla, 2001, 88-97.

ADROHER *et al.* 2001

A. M. Adroher, A. López, A. D. Bravo, A. Caballero, J. A. Salvador y F. J. Brao, «El poblado fortificado ibérico del Cerro de los Almendros (Huéscar, Granada)», *Cvda* 2, Andújar, 2001, 55-78.

ALMAGRO-GORBEA 1982

M. Almagro-Gorbea, «Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación sociocultural y la delimitación del área cultural ibérica de los

bastetanos», *Homenaje a Conchita Fernández Chicarro*, Madrid, 1982, 249-258.

CABRÉ, MOTOS 1920

J. Cabré y F. de Motos, «La necrópolis ibérica de Tutugi (Galera, provincia de Granada)», *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 25, 4, 1918, Madrid, 1920.

CHAPA, MAYORAL 1998

T. Chapa y V. Mayoral, «Explotación económica y fronteras políticas, diferencias entre el modelo ibérico y el romano en el límite entre la Alta Andalucía y el Sureste», *Archivo Español de Arqueología*, 71, Madrid, 1998, 63-77.

FERNÁNDEZ, SERRANO 1993

J. Fernández y D. Serrano, «Un importante yacimiento ibero-romano en la Cortijada del Duque (Puebla de Don Fadrique, Granada)», *Verdolay*, 5, Murcia, 1993, 89-107.

FERNÁNDEZ, SERRANO 1993

J. Fernández y D. Serrano, «El cerro de la Cruz, un yacimiento entre Almería y Granada», *Anales de la Real Academia de la Cultura Valenciana*, Valencia, 1993, 15-41.

FRESNEDA *et al.* 1992

E. Fresneda, M. O. Rodríguez, J. M. Peña, M. López y E. Arroyo, «Prospección arqueológica superficial de la margen izquierda del río Castril desde Castril a Cortes de Baza. Campaña de 1990», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990/II, Sevilla, 1992, 114-117.

FRESNEDA *et al.* 1993

E. Fresneda, M. O. Rodríguez, J. M. Peña, M. López, I. Alemán y A. Rodríguez, «Prospección arqueológica superficial del río Huéscar desde Huéscar a Galera. Campaña de 1991», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1991/II, Sevilla, 1993, 185-190.

GARCÍA 1999

E. García, «Estudio de materiales orientalizantes del Museo Arqueológico de Granada», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1994/III, Sevilla, 1999, 179-184.

GARCÍA, CANO 1980

J. M. García Cano, «Cerámica ática de Galera (Granada) en el Museo Arqueológico Provincial de Murcia», *Pyrenae*, 15-16, Barcelona, 1980, 229-239.

GIL, OLMOS 1983

R. Gil y R. Olmos, «Un escifo del grupo del Cisne procedente de la necrópolis de Galera (Granada)», *BSEAA* 49, Valladolid, 1983, 31-37.

GONZÁLEZ *et al.* 1991

C. González, M. A. Marín, A. M. Adroher, F. García, B. Risueño y F. Salvador, «Informe prospecciones arqueológicas en la comarca de Guadix. Campaña 1988», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1988/II, Sevilla, 1991, 87-89.

GONZÁLEZ, ADROHER, LÓPEZ 1997

C. González, A. M. Adroher y A. López, *El Peñón de Arruta* (Jeres del Marquesado, Granada), una

- explotación minera romana, *Florentia Iliberritana* 8, Granada, 1997, 183-213.
- GONZÁLEZ *et al.* 1997
C. González, A. M. Adroher, F. García y A. López, «Excavación arqueológica de urgencia en el nº 5 de la Calle Concepción (Guadix, Granada)», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1993/III, Sevilla, 1997, 258-264.
- GONZÁLEZ, ADROHER 1998
C. González y A. M. Adroher, «El poblamiento ibero-bastetano, consideraciones sobre su morfología y evolución», en Francisco Villar y Francisco Beltrán (eds.), *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana*, Zaragoza-Salamanca, 1998, 243-255.
- JABALOY *et al.* 1983
E. Jabaloy, V. Salvatierra, J. A. García Granados y A. García Granados, «El yacimiento preibérico del Cerro del Centinela», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 8, Granada, 1983, 343-374.
- LÓPEZ, ADROHER 2001
A. López y A. Adroher, «El vertedero de un metalurgo del Bronce Final (Excavación arqueológica de urgencia en el solar de la calle San Miguel, 39 de Guadix, Granada)», *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1997/III, 2001, 293-298.
- MOLINA, ROLDÁN 1983
F. Molina y J. M. Roldán, *Historia de Granada. I. De las primeras culturas al Islam*, Granada, 1983.
- MORET 1996
Pierre Moret, *Les fortifications ibériques de la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine*, MCV, 56, Madrid, 1996.
- PELLICER, SCHÜLE 1962
M. Pellicer y W. Schüle, *Excavaciones en el Cerro del Real, Galera (Granada)*, EAE, 12, Madrid, 1962.
- PELLICER, SCHÜLE 1966
M. Pellicer y W. Schüle, *El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX*, EAE, 52, Madrid, 1966.
- PRESEDO 1973
F. J. Presedo, «La Dama de Baza», en *Trabajos de Prehistoria*, 30, Madrid, 1973, 151-170.
- QUESADA 1992
F. Quesada, «El casco de Almaciles (Granada) y la cuestión de los cascos tipo Montefortino en la Península Ibérica», *Verdolay*, 4, Murcia, 1992, 65-73.
- QUESADA, MARTÍNEZ 1995
F. Quesada y A. Martínez, «Un lote de armas procedente del yacimiento de Carranza (Huéscar de Granada) y la cuestión de las vías de comunicación entre Granada y Murcia», *Verdolay*, 7, Murcia, 1995, 239-250.
- RODRÍGUEZ 2000
M. O. Rodríguez, «La economía forestal de dos asentamientos ibéricos», *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III reunió sobre economia en el Mon Ibèric, Saguntum*, extra-3, 2000, 133-140.
- SAN MARTÍN, RAMOS 1999
C. San Martín y M. Ramos (eds.), *El Guerrero de Baza*, Granada, 1999.
- SCHÜLE 1980
W. Schüle, *Orce und Galera*, Mainz, 1980.